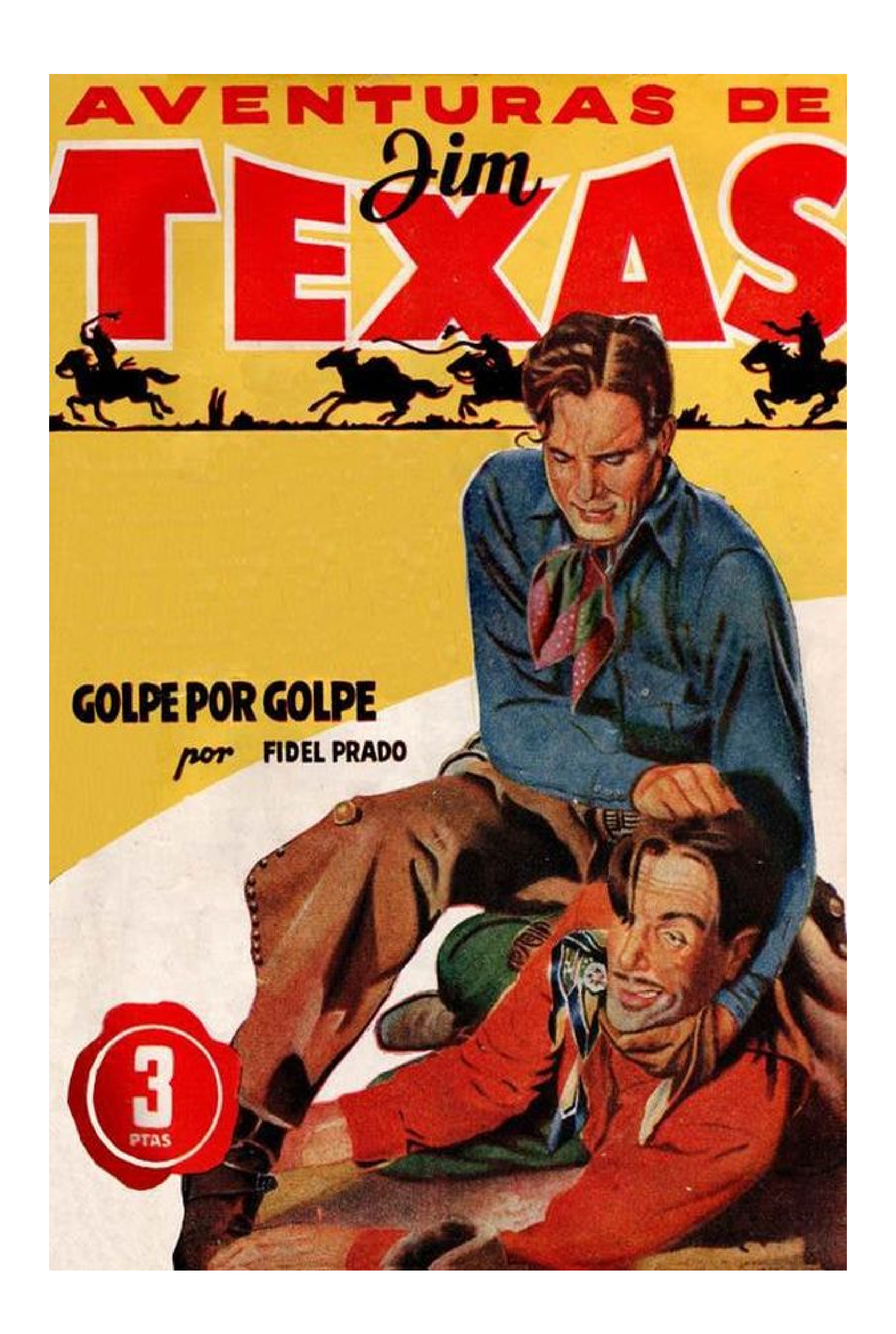
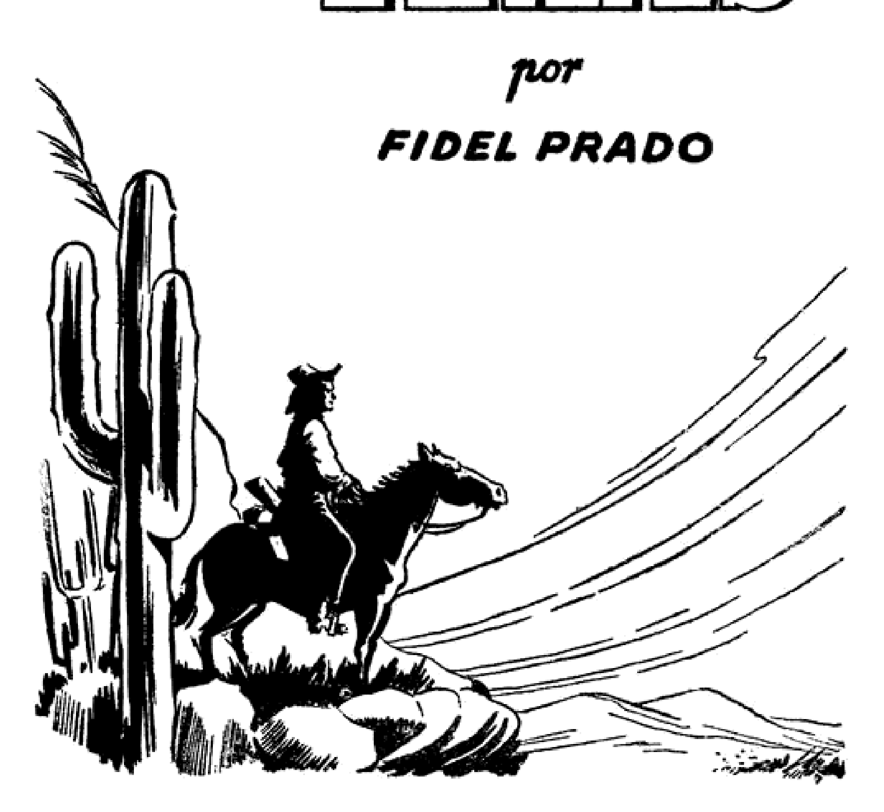

AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
GOLPE POR GOLPE
por FIDEL PRADO
3
PTAS

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN

GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA


GOLPE por
GOLPE

CAPÍTULO PRIMERO

Texas traza un plan de desquite

EN el alborear de la clara y jocunda mañana veraniega, dos jinetes, como dos exhalaciones galopaban temerariamente por las calles de Austin, levantando terribles oleadas de polvo y causando el espanto entre los escasos transeúntes que circulaban a aquellas horas.

Se trataba de Jim Texas y Nino Mendoza, que aterrados por la carta que el gobernador les había entregado momentos antes anunciándoles el rapto de Stella, se dirigían ansiosamente a la casita de las afueras del poblado anhelando conocer detalles del suceso por boca del matrimonio que había quedado a cargo de la joven.

Jim, menos pesado que Nino y montando un caballo más veloz, galopaba por delante de su fiel mejicano distanciándose de él y Mendoza, todo indignado, no daba paz a la lengua emitiendo sus pintorescas maldiciones.

Sonora Guadalajara y Jalisco, así como otros estados mejicanos, salían de su boca convertidos en muladares y si alguien se hubiese cruzado en el camino del feroz Mendoza en aquel momento para detener su marcha, lo hubiese pulverizado con sus potentes puños desfogando así en parte la rabia que le animaba.

Nino se daba cuenta del dolor de Jim por tan sensible suceso. Pese a las negativas rotundas de Texas, se adivinaban que éste habíase interesado por la joven huérfana más que él pretendía y Nino a pesar de su tosquedad y pocos alcances, estaba seguro de que su jefe sufría en aquellos momentos uno de los más lacerantes dolores de su vida.

Con los caballos extenuados llegaron a la casita de las afueras, donde aparentemente reinaba la calma. Todo se hallaba en silencio y el edificio aparecía cerrado. Jim aporreó la puerta brutalmente, y alguien asomó la cabeza por una ventana, armado de un impresionante rifle, pero al descubrir la gallarda silueta del capitán, advirtió:

—¡Oh, Jim, un momento, voy ahora mismo!

Poco después, la puerta se abría y el viejo compañero de Texas con voz balbuciente, exclamó:

—¡Por fin has llegado, Texas! ¿Te dieron mi carta?

—Ahora mismo… ¡Por favor! ¿Quieres decirme cómo…?

—Pasa Jim, estoy más atribulado que tú… no grites… Mi mujer está enferma del susto… ¡Fue algo horrible!

Les hizo pasar a un pequeño despacho y tratando de serenarse, añadió:

—Te diré lo poco que puedo, aunque me figuro que de nada te servirá.

«A la noche siguiente de marcharte, nos acostamos relativamente temprano. Tu joven protegida parecía muy contenta de hallarse entre nosotros y se retiró a su estancia a descansar, mientras nosotros lo hacíamos en la nuestra

«Stella tenía asignada una alcoba en el ala derecha de la casa y nosotros en la izquierda. Como has visto, un pasillo corre a ambos lados y nos distancia unos seis o siete metros.

«Estábamos completamente dormidos cuando un terrible crujido nos sobresaltó y al incorporarme asustado en el lecho, descubrí que la puerta había sido forzada de un terrible empujón por tres tipos de aspecto repulsivo, los cuales amenazándonos con sus revólveres, nos ordenaron no movernos si no queríamos que nos dejasen clavados en el lecho a tiros.

«Mi esposa de la impresión se desmayó y yo nada podía hacer, pues estaba desarmado frente a tres impresionantes “Colts”.

«Uno de los bandidos acercóse aplicándome el cañón del revólver al pecho, mientras los otros dos que se hallaban provistos de cuerdas, nos ataron al lecho y nos amordazaron para que no gritásemos.

«Cuando quedaron convencidos de que nada podíamos intentar, abandonaron el dormitorio. Les sentí moverse por el pasillo y dar voces que no entendí, hasta que poco más tarde La casa quedó en silencio.

«Convencido de que se habían ido, forcejeé con mis ligaduras, hasta que a costa de ímprobos esfuerzos conseguí librarme de ellas y buscando el revólver que tengo en el cajón de mi mesa, recorrí toda la casa.

«Creí que el asalto había obedecido a un intento de robo, pero pronto me convencí de que no había sido éste el motivo. Los rufianes nada registraron y solamente eché de menos a tu protegida.

«El lecho estaba en desorden en él se destacaban detalles que mostraban que la muchacha se había defendido pero no descubrí más.

«Volví a mi cuarto y libré de las ligaduras a mi esposa la cual, poco más tarde, volvía en sí presa de un terrible ataque de nervios.

«Cuando el día clareó, fui en busca de un médico quien se ocupó de su asistencia y después me dirigí al cuartelillo donde di cuenta de todo lo ocurrido.

«El capitán de los “rangers” me prometió ocuparse activamente en hacer pesquisas para descubrir a los raptores sobre todo cuando le indiqué que era cosa tuya y que tú estabas cumplimentando un servicio delicado del Gobierno y después, te escribí la carta que envié al gobernador, creyendo que éste tendría ocasión de hacerla llegar a tus manos para que regresases cuanto antes y pudieras hacer alguna gestión si tenías indicios de dónde había partido el golpe.

«He hablado un par de veces con el capitán de los batidores, pero éste no ha descubierto pista alguna. Dice que Austin está infestado de gente indeseable, pero que casi toda, aunque sospechosa de toda clase de latrocinios, no tienen antecedentes para suponerles dedicados a raptar muchachas.

»He pasado muchas horas de angustia, por ti más que por mí, pues aunque mi mujer ha sufrido un rudo golpe, el médico me

asegura que con calma y reposo se restablecerá. Siento infinito lo sucedido, Texas. Jamás sospeché que pudieran intentar un golpe tan audaz para el que se ha prestado el aislamiento de esta casa que les ha permitido maniobrar sin grandes obstáculos.

«Me alegro que por fin hayas venido, pues acaso tú estés en condiciones de encontrar una pista que permita rescatar a esa infeliz muchacha.

Texas, que le había escuchado con los dientes apretados y los ojos brillantes por el dolor y la ira, repuso:

—Lo siento… No creí que pudiera sucederle nada aquí y mucho menos a vosotros. Ignoraba que nadie estuviese sobre nuestra pista y cuando he tenido algún indicio, ya era tarde para ponerme en guardia.

—Entonces, ¿sospechas de alguien?

—Tengo la certeza de cuál ha sido la mano organizadora de este rapto, pero he perdido su pista en momentos dramáticos para los dos. Se trata de alguien muy peligroso que me dará muchos disgustos y mucho que hacer, pero espero eliminarle más o menos tarde.

—¿Y de la chica?

—Ni la menor idea. Debió dejarlo todo preparado mientras me seguía la pista con intención de suprimirme… Ahora no sé una palabra de él.

Y brevemente relató a su amigo las incidencias del pasado viaje.

—Se la habrán llevado de Austin —aseguró—. Ahora, lo principal es que puedas localizarle.

—Eso es lo difícil. Si tenía todo preparado para el caso de fracasar, se habrá dirigido directamente al lugar donde diera orden de llevarla. Me temo que no aparezca por Austin, donde sabe que corre peligro estando yo y a estas horas, esté galopando Dios sabe por dónde con su preciosa carga.

—¿Qué pretende con eso?

—Quién sabe… Anularme… distraer mis actividades, tenerme en continuo sobresalto, y, sobre todo, evitar que la muchacha reclame su herencia, que es cuantiosa.

—¿Quiere eso decir que tendrás que renunciar a rescatarla?

Texas se levantó con los ojos centelleantes y rugió:

—¡Por Dios, que eso sólo después de muerto! No me conoce ese

tipo si cree que a mí se me anula tan fácilmente. Él estará gozándose con el triunfo y no sabe que le voy a asestar el golpe de revés. Presumo que le obligaré a tener que buscarme para entregarme la muchacha.

Animado por un plan que estaba barajando hacía unos minutos, se despidió de su amigo consolándole por las molestias sufridas y haciendo señas a Nino, dijo:

—¡Al hotel, pronto!

Galoparon hasta el hotel donde habían estado hospedados los días anteriores y la suerte hizo que adjudicasen a Texas la misma habitación que Stella había ocupado hasta su marcha. El bravo capitán sintió un hondo pinchazo al traspasar sus umbrales y hasta involuntariamente recorrió con la vista la estancia, como si buscase a la joven oculta por uno de sus rincones.

Nino, que no se atrevía a hablar temiendo alguna explosión de cólera de Texas, insinuó:

—Bueno, manito… tú dirás qué hasemos ahora. ¡Maldita sea Sonora! Con esto no habíamos contado, creo yo…

—No, no habíamos contado, pero tampoco ese reptil ha contado con lo que yo voy a hacer. Escucha, voy a salir a realizar unas gestiones y volveré a media tarde. Prepara todas nuestras cosas, saca billetes para Wáshington y cuídate de embarcar bien los caballos. Nos vamos esta noche.

—¡Repinto! ¿Es que vas a ir tan lejos a buscar a la chula? ¿Estás loco, manito? Pero, ¡maldito sea Jalisco! ¡Si no tienen tiempo de habérsela llevado muy lejos…!

—No, pero perderíamos los días inútilmente buscándola y entonces no podríamos conseguir nada. Si tuviese una pista, la seguiría hasta el propio infierno, pero sin ella, prefiero ir donde van a tenerme que dar noticias de Stella o alguien lo va a pasar muy mal. ¡Andando!

Nino no se atrevió a replicar más. Cuando Texas decía «andando», nada podía detener la marcha de Ios acontecimientos.

Jim salió a visitar al capitán de los «rangers» con el que cambió impresiones. El capitán nada nuevo pudo decirle, pues sus hombres a pesar de haber desplegado toda su habilidad no habían conseguido localizar la más leve pista. El tiempo de que dispusieron los raptores desde que dieron el golpe hasta que fue presentada la

denuncia, lo debieron aprovechar hábilmente para abandonar el poblado y trasladar a Stella Dios sabía dónde.

Texas le suplicó que si descubría algo trabajase activamente y le dejó sus señas en Wáshington por si estimaba necesaria su presencia en algún sitio y de allí volvió al palacio del gobernador.

A éste le encontró muy satisfecho. La diligencia con el oro estaba casi a las puertas de Austin, bien custodiada y agradeció a Texas su valiosa intervención en el asunto.

—Me alegra mucho de que todo esté solucionado —dijo Texas— pues esto me deja en libertad de acción. Vengo a despedirme de usted, pues me voy a Wáshington esta misma noche.

—¿Cómo tan pronto?

—Sí. Tengo que hacer allí gestiones que me ayuden a localizar el paradero de la muchacha raptada. Es para mí una cuestión de honor rescatarla.

—Pero la policía…

—No ha conseguido nada ni lo conseguirá. El enemigo es muy astuto. Bástele saber que es el mismo que organizó el golpe contra las cajas del oro.

—Por eso sería útil que se quedara usted aquí. Volverá y…

—No volverá. Sabe que le he descubierto y me teme. Lo aseguro es que se haya dirigido donde dio orden de trasladar a la chica. Alguien se verá obligado a hablar por él.

El gobernador no insistió. Cumplida su misión, no tenía derecho a retenerle.

—Bien, pues que lleve usted buen viaje y que la suerte le sea propicia.

—Gracias. Le ruego telegrafíe al secretario de Estado dándole cuenta de todo y diciéndole que le veré en la Casa Blanca.

—Descuide, que en cuanto las cajas queden depositadas en el banco, se lo comunicaré.

Texas, impaciente, volvió al hotel donde Nino ya lo tenía todo preparado para el viaje. El mejicano no se hallaba en su habitación, pero le descubrió en un pasillo, de palique con la bella doncellita haciéndole unas promesas absurdas.

Texas desde el ángulo del pasillo, le oyó decir:

—Bueno, chula, me voy por unos días o así, ¿sabes? Mi amigo y yo hemos sido llamados por «El Abuelo» [1] para tratar de un

asunto importante, creo yo, pero volveré nadita más que ir y ya verás el regalo que te traigo, rechula.

Ella, mimosa, repuso:

—¡No me diga, señor Mendoza! Ustedes los hombres prometen mucho y luego… Una vez uno me prometió…

—Sí, no sigas, ¡maldita sea Sonora! Te prometió el caballo del señor Troya ¿no es eso? ¿Y para qué diablos querías tú un esqueleto o así como ese? Ya verás el caballo que te voy yo a traer… ¿Tú has oído hablar del señor Atila?

—No. ¿Quién es ese señor?

—¡Un pelao de Jalisco, que presume de potrancos y es un pringao indesente, no más…! Pues bien, yo te voy a traer uno, que el de Atila va a perder las herraduras de vergüensa o así cuando le vea a su lado no más.

—¿De verdad?

—¡Que se hunda Guadalajara y todos los gringos que tiene dentro si te miento, rechula!

Ella pareció quedar complacida del ofrecimiento y Jim creyó captar el chasquido de la recompensa adelantada que el mejicano había recibido por la promesa, pero se hizo el desentendido y esperó.

Poco después, Nino penetraba en la estancia.

—¿Dónde andabas, maldito del demonio? —preguntó.

—Pues… Despidiéndome de un amigo, creo yo… A propósito, manito… ¿Tú conoces a un gringo que tiene un caballo muy rechulo y que se llama Atila?

—¿Por qué lo preguntas?

—¡Oh, pues… por nada! Me están repringando con el caballo de eses gringo y digo yo que ya será algo menos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un par de pelaos que hablaban en el bar. Un fanfarrón o así, ¿sabes? Decía que había comprao un potranco mejor aún que el de Atila.

—Es fácil… El caballo de Atila fue un caballo excepcional. Ganó muchas batallas.

—¿Cómo? —preguntó incrédulo Nino—. ¿Es que también peleó con nosotros? ¡Apuesto el bigote a que era sudista!

—No, Nino, fue rey de los hunos.

—¿Cómo de los unos? Sería rey de todos.

—No, de los hunos. El pobre hizo muchas barbaridades con su famoso caballo y murió hace unos mil quinientos años.

Nino se llevó las manos a la cabeza, consternado, y dijo:

—¿Te burlas, manito? ¿Es que todos los buenos caballos no son ya más que carroñas o así? ¡Pero si yo creía que era un ganadero de Tejas! ¡Maldita sea Sonora!

Y no muy convencido de las aseveraciones de Texas, se dispuso a cargar los equipajes para emprender el viaje. Texas, riendo de su simplicidad, a pesar de sus preocupaciones, le siguió y ambos se dirigieron a la estación donde ya se hallaba el convoy preparado.

Cuando montaron, vigiló atentamente la estación, pero no descubrió nada sospechoso. Esta vez Zenker se hallaba muy lejos de poder seguir sus pasos.

CAPÍTULO II

Una visita dramática

TRES días más tarde, Texas y Nino llegaban a Wáshington, buscando hospedaje en un hotel de tercer orden en lugar de uno concurrido de la ciudad.

Prudentemente, tomaron precauciones para comprobar si eran seguidos. El escarmiento de lo ocurrido en San Antonio había vuelto a hacerles abrir los ojos al peligro y ya no se fiaban ni de su sombra.

Llegaron por la mañana y Texas, después de lavarse y asearse, aprovechó el tiempo para hacer una visita a su amigo Snok. Quería darle detalles de la misión realizada, y de los motivos que le llevaban a la capital.

Snok le recibió con el cariño de siempre y le felicitó por su actuación. Estaba informado de todo y lamentaba el motivo que le había llevado allí.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó.

—Creo que no. Voy a intentar algo raro. Lo único que deseo es que si tengo que producir ruido no se de por enterada la policía de aquí.

—¿Quieres que te ayuden?

—No. Es cosa personal. Prefiero entendérmelas yo solo o a lo

sumo con Nino.

—Bien, espero que triunfes y cuando dejes todo solucionado y te tranquilices, ven a verme. Hay más cosas en perspectiva y sólo tú puedes ayudarnos a resolverlas.

—Gracias. Te prometo ponerme a tus órdenes, pero antes déjame que resuelva este maldito asunto. Está en peligro la vida de una infeliz muchacha.

—¡Ya! —comentó malicioso el secretario—. Espero que tu corazón triunfe lo mismo que tu valor, Jim. Anda y por mí no pierdas tiempo. Si necesitas ayuda, pídela.

—Gracias, Snok. Espero que no.

Volvió al hotel y esperó a que anocheciera y cuando ya las sombras invadían la ciudad, repasó sus revólveres, hizo que Nino examinase también los suyos y con acento decidido, ordenó:

—Vamos, Nino. Tenemos que hacer una visita muy interesante.

—¿A quién, manito?

—A la bondadosa y humanitaria señorita Vera. Sospecho que está ansiosa por volver a vernos.

Nino abrió una boca muy grande al oírle y comentó:

—Bueno, manito, ¿tú crees que para esa visita hace falta o así cambiar los cebos a los revólveres?

—Pudiera ser, Nino No sabemos de qué clase de gente se rodea.

—¡Ah, bien, por mi parte, andando como tú dices!

Atravesaron la ciudad, alcanzando la orilla del río, y Jim, después de dejar trabados los caballos a un árbol, se encaminó a una casita muy coquetona y de alegre aspecto que se erguía en un ancho paseo bastante solitario.

—Quédate detrás de mí —dijo Texas—. Si cuando llame ponen algún obstáculo, actuaremos con rapidez.

—Bueno, ¿disparo primero y luego empujo?

—No. Los revólveres sólo en último extremo. Bastará con los puños.

—¡Ah, bueno… si tú crees…!

Se acercaron a la casita. Ésta, de dos plantas, aparecía rodeada de una verja de hierro con una sólida puerta en el centro.

Jim tiró del cordón de la campanilla y ésta vibró no muy lejos. Apenas dejó desgranar el sonido metálico de su voz, un portero, que parecía un plantígrado, por lo grande, entreabrió la puerta

preguntando:

—¿Qué deseaban?

—Necesito ver a la señorita Vera.

—Lo siento. La señorita Vera… está de viaje.

Jim endureció sus rasgos, diciendo:

—Haga el favor de acompañarme. Le digo que necesito verla.

El portero, ante la orden incisiva, se replegó y trató de arrojar a Jim fuera del dintel de la puerta de un terrible empujón, pero Jim ladeó el cuerpo elásticamente y el portero al no encontrar punto de apoyo, vaciló inclinando el cuerpo hacia adelante.

Nino, como si fuese una araña, estiró su tremendo brazo y asiendo al cancerbero del cuello de su casaca, le levantó en vilo y con él en el vacío como un muñeco, penetró en el pequeño jardín, seguido de Texas, el cual cerró cuidadosamente la puerta.

Jim, presumiendo que pisaba un terreno demasiado peligroso para dejar enemigos a su espalda, ordenó fríamente:

—Nino, dale algo para dormir a ese buitre.

Nino no se hizo repetir la orden. Antes de que el enfurecido portero pudiese librarse de la grotesca presión, movió su brazo derecho dejando caer bárbaramente el puño sobre el rostro de su enemigo y éste, como un buey abatido por un árbol gigante, se desplomó en la arena, privado del sentido.

Nino se chupó los nudillos con rabia, gruñendo:

—¡Maldita sea Sonora! ¡Este repringao debe tener los huesos de hierro! ¡Me he desollado los nudillos!

Jim se adelantó y subiendo los diez escalones de la escalinata penetró en un largo pasillo, a cuyo final se abría otra escalera y a los lados de ésta, se corrían dos pasadizos que dando la vuelta, no se sabía dónde iban a parar.

Texas se quedó perplejo, sin saber hacia dónde dirigirse, pero al fin, se decidió por la escalera.

Seguido de su fiel guardián, llegó al piso superior penetrando en un amplio vestíbulo, a cuyo fondo una puerta entornada indicaba que conducía a las habitaciones interiores.

El vestíbulo se hallaba elegantemente amueblado, aunque con cierta sencillez. Existía una gran diferencia entre el soberbio palacio que anteriormente ocupaba el padre de Vera y la mansión actual.

Estaban dudando sobre si debían continuar o no, cuando la

puerta se abrió y una linda doncella, con un servicio de té en la mano, hizo su aparición en la estancia. La muchacha al encararse con aquel par de desconocidos vistiendo el atuendo bélico del Oeste, se puso densamente pálida e hizo intención de retroceder, pero Nino atenazándola con su enorme zarpa, puso unos ojos muy encandilados y rezongó:

—No te me vayas, rechula, ¡maldita sea Sonora!, que te voy a dar un par de besos que te van a abrir dos agujeros más grandes que el gran Cañón del Colorado.

La muchacha estuvo a punto de dejar caer el servicio que Texas recogió en el aire, al tiempo que preguntaba:

—¿Dónde está la señorita Vera?

—Pues… pues… no está… y…

—Ahógala, Nino, por embustera y luego tírala por la primer ventana que encuentres —ordenó Texas.

La doncella ahogó un grito y desfallecida, suplicó:

—¡No… No… Por Dios! Está… está en… su despacho.

—¿Sola?

—Sí… sí… sola.

—Bien. Indícame su despacho y no me engañes, o haré que cumplan mi orden. ¡Vamos, rápida!

La muchacha regresó sobre sus pasos y penetró en un largo pasillo. Con la mano señaló una puerta.

—Aquella puerta… a la derecha.

—Bien, Nino. Te recomiendo a la pequeña. Dale conversación tú que posees labia para las damas. A lo mejor, si le ofreces un caballo como el de Atila…

—Bueno va, manita —rezongó el mejicano—. Creo que esta preciosa rechula no sabe montar a caballo… Acaso si le ofrezco un rancho o así, de esos que nos sobran, pues le guste…

Pero ya Texas había avanzado por el pasillo sin oír los ofrecimientos de su fiel aliado.

Se detuvo ante la puerta y después de escuchar un momento, la empujó entreabriendo. Vera, sentada sobre un diván junto a una mesita, repasaba unos papeles.

Levantó sus bellos pero fríos ojos y al distinguir la gallarda silueta de Jim en el umbral de la puerta, sintió una oleada de sangre afluir a su rostro, para inmediatamente perder el color y

quedar lívida con un fruncimiento de labios que era una mueca rabiosa de desesperación.

—¡Usted! —Gritó, poniéndose en pie—. ¿Cómo y por dónde ha podido entrar?

—Sencillamente por la puerta, señorita Vera… Perdone si su servidumbre está tan mal educada que no ha querido anunciar mi visita. Por lo demás, la encuentro a usted muy linda con ese vestido negro que realza su belleza de tigresa en celo.

Vera le miró, tratando de devorarle con los ojos y avanzando hacia él, rugió:

—¿Se puede saber qué busca usted aquí? ¿No le ha bastado con asesinar vilmente a mi padre que aún tiene el valor de venir a recordármelo con su presencia?

—Lo siento… Confieso que tenía proyectado hacer esta visita, pero con otro objeto. Solamente creí tener que venir a reclamar la herencia de su prima Stella, pero ahora, vengo a algo más: vengo a saber dónde está su prima y a exigir que me sea devuelta.

Verá sufrió una honda sacudida al oír tales palabras y por un momento se reflejó en sus ojos la más viva sorpresa. Aunque Jim iba preparado para hacer frente a cualquier comedia, adivinó que se había adelantado a dar la terrible noticia y en el fondo se alegró, pues si Zenker no había dado aún señales de vida, alguna vez regresaría y entonces podría echarle mano.

Stella se repuso de la impresión rápidamente y contestó:

—¿Y a mí qué me pregunta usted? ¿Acaso pretende acusarme de su desaparición? Yo no me he movido de aquí desde que regresé de Tejas.

—Bien. Usted no, pero su hábil amigo Zenker, sí. Reconozco que es muy astuto y que en un doble juego que hemos emprendido, hemos hecho tablas. Yo le gané una baza y él me ha ganado a mí otra. Ahora, lo interesante es saber quién ganará la final.

—Me es igual. No sé una palabra de Zenker. Me está usted mintiendo.

—Bien, señorita Stella. No vengo a perder el tiempo, sino a exigir que me sea devuelta Stella y con ella su herencia. Supongo que estará usted poniendo en regla este asunto.

—Espero que no confíe mucho en ello —repuso Vera altivamente—. No es a usted a quien debo rendir cuentas.

—Quizá sí. Eso lo discutiremos más tarde. Ahora necesito saber dónde está su prima.

—Pregúnteselo a Zenker si cree que él la ha raptado.

—No lo creo, lo sé… y he hecho un viaje muy largo para no perder el tiempo en discusiones.

—Me es igual. No tengo nada que decir sobre ese asunto porque lo desconozco.

—Ya lo veremos más adelante. ¿Dónde está ese precioso sujeto que por usted y por su amor hace tantas cosas heroicas?

—Le he dicho que no sé nada de él y haga el favor de salir de aquí y no insultarme. Yo no amo a Zenker y nadie tiene derecho a juzgar con mis posibles sentimientos.

—Creí que carecía usted de ellos. Amar a Zenker no es poseer sentimientos, sino todo lo contrario. A lo mejor, resulta usted una inocente corderita.

Vera, sin poder dominar su rabia, aferró repentinamente un precioso jarrón que se apoyaba sobre la mesa y lo arrojó con fiereza contra el rostro de Jim. Éste tomó el jarrón en el aire y depositándolo suavemente sobre la mesa, dijo:

—Se va usted a arruinar y es una lástima. Su padre era más práctico y en lugar de arrojarme un jarrón, me hubiese robado la cartera.

Vera, pálida como un cadáver, miraba hacia atrás como si esperase que surgiese alguien por detrás de la pared en su auxilio. Texas captó la mirada y advirtió:

—Creo que si espera usted ayuda, alguien sufra algún disgusto serio. No he venido en visita de cortesías y si hay que pelear, se peleará como yo sé hacerlo y más en este caso.

—Claro —replicó Vera con acento cortante—. Le interesan mucho los millones de mi prima. ¿Le ha hecho firmar ya el compromiso matrimonial?

—Aún no, pero todo se andará. Yo soy un calculador egoísta que no desperdicio ocasión de embolsarme un puñado de dólares ajenos… Como su querido padre.

Ella, rabiosa, se adelantó a él con los brazos levantados intentando agredirle.

—¡Salga de aquí! —barboteó—. ¡Salga de aquí, porque le mataré o tendrá que matarme!

—Bien, si usted así lo desea, lo haré pero sólo hay dos formas de conseguirlo. O se me entrega a Stella y un documento reconociendo que le será devuelta la herencia, aceptándome como su apoderado, o tendrá usted que venir conmigo en calidad de rehén hasta que Stella aparezca… y aparezca sana y salva. ¡Elija!

El ultimátum fue lanzado con voz tan agria y cortante que Vera retrocediendo asustada, creyó que iba a perder el conocimiento.

Jadeando como un toro herido, se apoyó sobre una mesa adosada a la pared, con los dedos agarrotados debajo del tablero y miró a Jim como éste no recordaba que le hubiese mirado nadie en su vida. Había tal odio, tal deseo de exterminio, tal ferocidad en aquellos ojos y al tiempo una luz tan satánica, que Texas se sintió impresionado.

Durante un minuto, reinó en la estancia un silencio de muerte. Luego, Vera, como poseída de un rapto de locura, rompió a reír de una manera siniestra y clamó:

—¿Conque ese era su juego? Bien. Si cree usted que no estaba preparada para él se equivoca y se lo demostraré. Veremos quién sale de aquí y cómo sale.

Mientras hablaba, había oprimido un botón que estaba oculto en la parte baja del tablero de la mesa. Se trataba de un timbre de alarma y aunque lejano, Jim captó su vibración.

De un salto se apartó de la puerta llevando la mano al revólver, en el momento en que media docena de individuos de aspecto patibulario, penetraban en la estancia, pero no por la puerta que Jim acababa de abandonar, sino por otra disimulada que se abrió en uno de los lados de la estancia.

Pero Jim, que les había ganado la delantera por una fracción de segundo, se hallaba ya colocado junto a Vera encañonándola con su temible revólver.

—¡Adelante, corderitos! —exclamó irónico—. Veo que todo estaba muy bien preparado para recibirme y eso me alegra. Hace tiempo que no suprimo coyotes indeseables y espero tener la ocasión de hacerlo esta noche. Los aparecidos se quedaron tensos titubeando. El amenazador revólver de Jim apuntando a Vera les detuvo.

Ésta, rabiosa, despreciando el peligro, rugió:

—¿Qué hacéis, cobardes, que no disparáis ya?

Nadie respondió a la pregunta. Sabían que no era posible hacerlo sin poner en peligro la vida de la joven.

Jim, siempre sonriente, advirtió:

—No son tan insensatos como usted, señorita Vera. Si disparasen, usted moriría y luego, ¿quién iba a pagar a estos infelices pistoleros a sueldo sus emolumentos?

Vera se tensionó. Dominando su rabia, se daba cuenta de la situación y del peligro, pero no se resignaba. Mordiéndose los labios con ira, replicó, rencorosa:

—Está bien, usted gana. Es muy hábil, pero…

Súbitamente, con un brusco movimiento de mano, aferró el revólver de Texas, gritando:

—¡Tirad!

Jim, que no la suponía capaz de semejante audacia, se dio cuenta del peligro y al tiempo que ella desviaba su arma obligándole a apretar el gatillo para que el tiro saliera disparado al techo, hizo una brusca flexión y se apartó del lugar donde estaba, retorciendo el brazo de Vera y cubriéndose con ella. Los disparos de los pistoleros se clavaron en la pared en el lugar ocupado poco antes por Jim.

Éste, rabioso y viéndose en peligro, aplicó la punta de su recia bota a un tobillo de Vera, obligándola a rugir de dolor y a soltar su brazo y por detrás de ella, disparó hacia la puerta. Alguien emitió un rugido de dolor y rabia, e inmediatamente vibró un nuevo disparo a espaldas de ellos y otro cayó al suelo atravesado por la espalda.

Los forajidos se volvieron rápidos para hacer cara al nuevo peligro y clavaron sus proyectiles en el vano de la puerta, pero Nino, adivinando la réplica, se había arrojado a tierra y desde el piso, disparó tres veces hiriendo en las piernas a los indeseables.

Jim por su parte, saltó amenazándoles y los cuatro que aún quedaban en pie, aunque heridos, soltaron las armas sabiéndose cogidos entre dos fuegos.

Vera, rabiosa, trató de tornar uno de los revólveres caídos, pero Jim la oprimió el brazo hasta casi dislocárselo, advirtiendo:

—No sea estúpida o no respetaré que es usted una mujer aunque se comporte como un hombre.

Y dirigiéndose a Nino, ordenó:

—Hazte cargo de la señorita. Trátala con consideración y amárrala con fuerza. Lo cortés no está reñido con lo valiente.

Ambos, seguros de su fuerza, en fundaron las armas y Nino se adelantó para hacerse cargo de Vera, pero ésta rabiosa como una tigresa, se arrojó sobre él arañándole el rostro y luchando con ira para evadir su presión.

Nino lanzó un grito de rabia al sentirse arañado. Lo que más en estima tenía era su físico, del que presumía como una damisela y aquellos surcos que las uña afiladas de la joven acababan de abrir en su cutis, eran para él peor que las huellas de media docena de proyectiles.

Sin contemplación alguna, atenazó, a la joven por el pelo y tirando de ella con violencia, gruñón:

—¡Maldita sea Sonora! ¡Arañarme a mí, la muy pringada! ¡Estoy por tirarla por esa ventana!

Y levantándola en alto, hizo ademán de cumplir su amenaza, pero Jim intervino, diciendo:

—Quieto, Nino, aún no ha llegado el momento. Si hay que hacerlo, te la dejaré a tu albedrío.

El gigante consiguió dominar a la joven y la sacó de la estancia. Jim le imitó, pero en aquel momento, los tres forajidos que aún quedaban en pie, se arrojaron sobre él furiosos creyendo que entre los tres, podrían desarmarle y vencerle.

Texas sorprendido de la reacción de los bandidos, se revolvió iracundo y estirando sus potentes brazos, los empleó a modo de mazos. Fue una lucha brutal que sólo duró dos minutos, pues los puños de aquel hombre de hierro eran como un martillo pilón donde caían.

Los forajidos fueron dejándose caer a tierra magullados horriblemente por los golpes recibidos y cuando les contempló inutilizados, abandonó la estancia cerrando tras él y ganando el vestíbulo donde Nino aún se veía obligado a luchar con Vera que no se resignaba a verse convertida en prisionera.

El mejicano, rabioso, no sabía qué hacer para dominar aquellos nervios de acero y encarándose con Jim, exclamó:

—Bueno va, manito, dime qué hago con esta grulla, o el estrello contra la pared.

Jim ayudó al mejicano a atar y amordazar a Vera y cuando se

halló reducida a la impotencia, ordenó:

—Sácala fuera y móntala en tu caballo. Sigue por la orilla del río y yo galoparé guardándote las espaldas. Cuando lleguemos a las afueras de la ciudad, ya te diré lo que hemos de hacer.

Nino abandonó la estancia y descendió al jardín, donde el portero seguía dormido a causa de la paliza recibida. La noche habíase echado encima rápidamente y como la casa se hallaba en un lugar aislado, nadie transitaba en aquel momento por la calzada.

Nino montó a caballo y Jim le entregó el cuerpo de la joven mientras él cerraba cuidadosamente la puerta para que nadie se sintiese alarmado si la descubrían abierta.

Galopando entre las sombras, se perdieron por la orilla del río y poco más tarde, había dejado a su espalda la ciudad y caminaban por la desierta carretera, bajo el beso pálido de la luna que acababa de salir.

Jim, en medio de sus preocupaciones, iba contento. Estaba seguro de que Vera serviría de cebo para conseguir el rescate de Stella.

CAPÍTULO III

Un golpe inesperado

WEORGETOWN era un pueblecito próximo a Wáshington, el que, a pesar de la proximidad a la capital del Estado, no parecía haber llegado a él la brisa del progreso. Como si se tratase de un pueblo del Oeste, sus calles eran tortuosas y empolvadas, sus casas bajas y de miserable construcción y la vida se desarrollaba como si el lugar se hallase enclavado a muchas millas al interior.

Aquella noche al filo de las once, un caballo polvoriento y cansado de una larga jornada, se detenía a la puerta de una de las tabernas del poblado y un jinete con el rostro barbudo, el sombrero con el ala echada sobre los ojos y las ropas medio destrozadas, apeábase trabando el caballo de una anilla empotrada en la pared.

El viajero atravesó el local, se dirigió al mostrador y con voz ronca pidió un gran vaso de cerveza. Mientras se lo servían, preguntó al tabernero por lo bajo:

—¿Me espera alguien, Joe?

—Sí, allá adentro. Cuarto número seis.

El viajero apuró la bebida y desapareció por una puerta del fondo, atravesando un largo pasillo hasta detenerse ante una puerta que hacía la tercera a la derecha. Llamó de un modo peculiar a la puerta y una voz ordenó:

—¡Adelante!

El viajero penetró con precaución y cerró cuidadosamente. Al volverse, se enfrentó con un hombrecillo bajo de estatura, también poblado de barba, el cual adelantándose impaciente, exclamó:

—¡Oh, Zenker, por fin! Creí que iba a estallar de rabia.

—¿Recibió usted mi telegrama, señor Spack?

—Sí; y me tiene usted aquí desde las cinco.

—¿Lo sabe Vera?

—No. No hubiese sabido qué decirle. Su telegrama era muy extraño. Preferí salir sin avisarla.

—Ha hecho usted bien. No podía ser más explícito. El asunto debía llevarlo con suma discreción.

Se sentó de golpe sobre un asiento y dejó apoyar la cabeza entre las manos. Se le observaba agotado pese a la energía que era su característica.

Claudio Spack, el desaparecido financiero, pues él era el individuo que con tanta impaciencia llevaba esperando algunas horas en aquel tugurio, se acercó a Zenker exclamando:

—¿Qué sucede? ¡Por favor! Parece usted muy cansado.

—¡Estoy destrozado! Usted no sabe las horas y horas que llevo sin dormir y los peligros que he corrido, así como la cantidad de millas que he tenido que devorar a pie. Hace falta una resistencia de bronce como la mía para aguantarlo y poder contarlo después.

—Bien, lo lamento, Zenker, pero nada podía hacer como usted me indicó. ¿Se siente con ánimos para contarme sus aventuras?

Zenker reaccionando un momento, se irguió y echando lumbre por los ojos, dijo:

—Sí, porque bien merece la pena que sepa usted su resultado. Tengo en mi poder a Stella.

Spack saltó de su asiento como si le hubiese impulsado una corriente eléctrica, y, asiendo a Zenker por el cuello de su destrozada chaqueta, rugió:

—¿Qué dice? ¡Repítalo!

—Creo que hablo claro. Tengo a Stella en mi poder.

—Pero… pero, ¿cómo ha podido ser, Zenker? ¡Robarle la muchacha a Texas!

—Así ha sido, señor Spack —repitió, orgulloso, Zenker—. Esto le demostrará que ni es invulnerable, ni es más listo que los demás.

El financiero, que reventaba de gozo, exclamó:

—¡Por favor, cuénteme cómo pudo ser!



—Tengo en mi poder a Stella.

Su secretario, pese al cansancio que le dominaba, sacó fuerzas de flaqueza, le hizo un relato bastante detallado de su odisea hasta el momento en que se internó en el monte abandonando a los bandidos.

—He pasado un buen número de horas terrible vagando por aquellas asperezas, hasta que descubrí a un jinete que marchaba por una senda. Le tumbé de un tiro, me apropié de su caballo y de su zurrón, y así pude abandonar aquellos malditos andurriales y llegar a Elgin, algo al este de Austin, donde había dado orden de llevar a la muchacha. Todo lo dejé preparado cuando salí detrás de Texas hasta San Antonio, y en mi ausencia les fue fácil raptarla. La he dejado en manos de persona de confianza, que cuidará de ella hasta que dispongamos qué se debe hacer, y yo me apresuré a tomar el tren y venir a Maryland, apeándome bastantes estaciones más atrás por si habían dado cuenta del rapto por aquí y se vigilaba, buscándome. Usted sabe que hay sospechas de que yo no he muerto. Usted, en cambio, está libre de ellas.

—¿Por qué ha dejado usted allí a Stella?

—¿Podía traerla conmigo como el que trae el equipaje? Por otra parte, ¿olvida usted a nuestro acérrimo enemigo?

—Pero la buscará con ahínco.

—Quizá; pero lo que menos sospechará es que la tiene a las puertas de Austin. Sé que estaba allí, porque alguien a quien dejé vigilando le vio llegar al poblado. No sé lo que hará ahora, porque inmediatamente salí de allí. Necesitaba hablar con usted y buscar la forma de ponerla en sitio seguro y al alcance de nuestras manos.

EL financiero, después de un momento de duda, exclamó con acento feroz:

—No hace falta, Zenker. Tiene que desaparecer. Es un buen puñado de millones el que se me irían con ella. Buscaremos la forma de que desaparezca totalmente o que se pueda creer que fue un accidente. Eso lo discutiremos con Vera.

—¿Está bien? —Preguntó ansiosamente el secretario—. Ardo en deseos de verla, señor Spack. Llevo separado de ustedes casi un mes.

El financiero quiso halagarle, y repuso:

—Está bien y pensando en usted y en los peligros que corre por nosotros. Me ha preguntado muchas veces si sabía algo de sus andanzas.

—No me atreví a escribir, por si sucedía algo. Lo que siento es que haya fracasado el golpe del oro. Me pilló de sorpresa y tuve que organizarlo de mala manera.

—¡Qué le vamos a hacer! Hubiese sido un buen negocio…, pero yo tengo algún otro entre manos que acaso rinda más. Ya hablaremos de eso más despacio.

Se dispusieron a abandonar la taberna, cuando Spack, inquieto, preguntó:

—¿Cómo vamos a coger ahora la pista de ese maldito Texas?

—Espero que de señales de vida. No se resignará a perder a la muchacha, y cuando se convenza de que no la localiza acaso se atreva a venir aquí para pedir informes a su hija.

—¡Oh! No le creo tan osado; pero si viniese…

—Si viniese, no saldría más de la casa —afirmó ferozmente Zenker—. Le tenderíamos una emboscada, y, cuando fuese recibido por Vera, un tiro disparado a través de los orificios disimulados de la pared del gabinete, acabaría con él.

Salieron al exterior. Spack había dejado su caballo en la trasera corraliza de la taberna y montó en él, siendo imitado por Zenker.

Dieron un rodeo y, bordeando la orilla del Potomac, alcanzaron el grupo formado por las dos casas colindantes.

Zenker había sido un gran previsor al adquirir los dos edificios completamente antagónicos, pues mientras el que daba a la orilla del río, y que le servía de refugio, era una casita de modesto aspecto, el que ocupaba Vera al paseo posterior poseía empaque de villa aristocrática.

Ambos desdeñaron acercarse a la villa, para en ningún momento provocar la más mínima sospecha, y directamente se dirigieron a la verja de la pequeña casita, que Spack abrió con una llave que poseía.

Atravesaron el jardín y, encerrando los caballos en el cobertizo, desaparecieron por una puerta lateral, ascendiendo al piso superior.

Zenker, que ardía en deseos de ver a Vera y comunicarle la grata noticia del rapto de su prima, se dirigió directamente a una estancia que oficiaba de dormitorio, en la que en el testero fronterizo se erguía un gran armario ropero.

Este armario descansaba sobre unas disimuladas ruedas muy pequeñas recubiertas de goma, y bastaba empujar a un lado el mueble para que corriese suavemente hasta el ángulo, dejando al descubierto una puerta.

A los lados de ésta se habían practicado en la pared dos disimulados orificios, que por el otro lado caían en el centro de dos flores talladas en madera adornando la pared. Los taladros estaban verificados tan hábilmente, que se podía mirar desde el lado del dormitorio a través de ellos sin ser descubiertos desde el lado contrario.

El único inconveniente que poseían era que sólo se podía abarcar una parte de la habitación en línea recta, pero servían para descubrir quién se encontrase allí.

Antes de aventurarse a abrir la puerta que por el lado del gabinete de Vera se disimulaba por un enorme espejo, echaron un vistazo a través del agujero, no descubriendo a nadie. La puerta estaba cerrada y un silencio impresionante reinaba en el gabinete.

Pero al inclinar la vista hacia abajo todo lo que les permitía la situación de los orificios, descubrieron algo que les obligó a emitir un terrible juramento.

Dos cuerpos caídos y atravesados grotescamente junto a la

puerta les dijeron algo que no hacían falta palabras para explicar.

Zenker, aullando como una fiera, se apresuró a abrir la disimulada puerta, y al penetrar en la estancia creyó estallar de ira y desesperación.

Los seis rufianes puestos al servicio de Vera yacían en la estancia, que aparecía mostrando las huellas de la lucha, y, tras un examen rápido de los caídos, comprobaron que dos habían muerto de certeros balazos y que los otros cuatro se encontraban privados de sentido a consecuencia de los brutales golpes que les administrara Texas.

Lanzando terribles maldiciones, penetraron, intentando salir al pasillo, pero Texas había dejado la puerta cerrada por fuera, y se vieron obligados a derribarla astillándola con el esfuerzo de sus cuerpos para poder salir. Como locos recorrieron el pequeño edificio, hasta descubrir en una estancia el cuerpo de la doncella. Ésta había sido reciamente amarrada por Nino, y la pobre casi había perdido la razón a causa del susto.

De un modo incoherente relató cómo había sido sorprendida en el hall por Texas y Nino. Aunque no dio sus nombres por ignorarlos, le bastó describirles para que ambos adquiriesen la certeza de que se trataba de la terrible pareja.

Extrañados de que hubiesen podido llegar hasta allí impunemente, contando con un portero leal de una fuerza irrebatible, descendieron furiosos al jardín, descubriendo con asombro el cuerpo del cancerbero terriblemente magullado de la paliza recibida y en estado grave.

Aquello les explicó todo lo sucedido, y Spack, que temblaba como un azogado, se llevó las manos al rostro, balbuciendo:

—¡Vera!… ¡Mi hija!… ¡Me la ha robado ese granuja!

Zenker también se sentía conmovido hasta lo más hondo de su ser. Estaba locamente enamorado de Vera, y aquel descubrimiento parecía anular su energía y acometividad.

—¡Oh! —exclamó con acento indefinido—. ¡No se ha dormido el muy cerdo! ¡Ha sabido devolver golpe por golpe!

Recobrando un poco su aplomo, tomó del brazo a Spack para alejarle del jardín, pues no quería que se descubriese su personalidad por cualquier imprudencia, y lo llevó de nuevo al piso superior.

Zenker no sabía qué hacer. Se encontraba con una cantidad de hombres destrozados, con los que no podía contar, y había que intentar algo para emprender una acción inmediata.

Venciendo su cansancio, gritó:

—¡Basta, señor Spack!… Hay que hacer algo. Así no se la devolverán a usted. Ayúdeme a hacer volver en sí a alguno de estos pistoleros de pega. Tienen que moverse, o de lo contrario les obligaré a hacerlo a tiros.

Arrastraron hasta la cocina a tres de ellos, pues el cuarto, además de haber perdido el conocimiento, estaba malherido, y allí les pusieron la cabeza al chorro del agua y luego les sumergieron en un baño sin quitarles la ropa, hasta que la impresión del agua fría les obligó a reaccionar.

Medio atontados por los terribles dolores de cabeza que experimentaban, reconocieron a Spack y a Zenker, y como les fue posible relataron lo ocurrido, culpando a Vera de no haber podido acabar con aquella terrible pareja, pues fue la joven la que en su furia ayudó a Texas a evadirse de ser acribillado a tiros, por cubrirle ella con su cuerpo.

Luego apareció por sorpresa el gigante mejicano, y ya no hubo forma de entablar la lucha a tiros con ellos, pues les hirió a todos en las piernas.

Las heridas de los tres no eran graves, pero sí lo suficientes para no poder andar o montar a caballo.

Zenker les colmó de denuestos y les amenazó con terribles represalias, y luego les ordenó enterrar en el jardín a los dos muertos y ocuparse del portero y del otro herido.

Más tarde se retiró con Spack al despacho de éste, a estudiar la situación.

Pero Zenker estaba tan agotado que tuvo que desistir de la discusión. Se dormía hablando, y, a pesar de su inquietud, tuvo que retirarse a su dormitorio a reponer las malgastadas fuerzas…

CAPÍTULO IV

La persecución

TEXAS y Nino, con su preciosa carga, abandonaron la ciudad, alejándose por caminos extraviados hacia el Norte. Jim iba preocupado, pues Vera constituía un estorbo y un peligro para poder transitar por lugares concurridos. Ya distantes de la población, Texas se encaminó hacia un terreno accidentado cubierto de espesos árboles y se internó por él hasta encontrar un rincón bastante oculto.

Allí obligó al mejicano a detenerse, diciendo:

—Dame a ese gato feroz y apéate. Tenemos que tomar una decisión.

Nino, a quien le escocían aún los arañazos recibidos, rezongó:

—¡Bueno va! Si por mí fuera, lo primero que haría sería limar las uñas hasta el codo o así a este tigre con faldas… ¡Maldita sea Sonora, cómo me ha puesto el rostro!

—Bueno, Nino, no te lamentes más. Cuando estés en condiciones de poder regalarle el caballo de Atila a tu amiga, ya se te habrán curado.

Señaló un lugar entre las peñas, y advirtió:

—Te vas a quedar aquí guardando a esta preciosidad hasta que

yo vuelva.

—¡Repinto! ¿Dónde diablos te marchas ahora, manito?

—Vuelvo a Wáshington. Tengo que arreglar las cosas para guardar como una joya a este monumento. No olvides que su vida guarda la de Stella.

—¡Oh, sí, caramba, lo había olvidado! Pero, ¿dónde la vamos a llevar? No podemos viajar con ella más que por sitios como éste.

—Precisamente, y quiero evitarlo. Si no estuviésemos a tantas millas, me la llevaría a mis posesiones de California; pero esto no es posible. Tenemos que situarnos en un lugar más cercano, y he pensado en alguien que nos ayudará con gusto.

—¿En quién, manito?

—¿Te acuerdas de aquel ranchero a quien salvamos su rancho en Milford, cuando los sudistas lo tenían cercado y pretendían incendiarlo?

—¡Diablo, claro que me acuerdo, creo yo! Se llamaba Kildar.

—Justamente. Pues pienso dirigirme allí. Hay unas cuantas millas, pero Virginia es un Estado ahora tranquilo y se puede viajar bien por él. Haré que me alquilen un carromato, y tú guiando y yo cuidando de ella, la podemos trasladar sin llamar la atención. Una vez allí, podré moverme con libertad para organizar el ataque a Zenker. Presumo que tendré que regresar a Wáshington, y cuando lo haga y sepa que le hemos robado a Vera, pondrá los cascos en el cielo.

—¡Eso va bueno, manito! Vete, pero, ¡repinto!, no tardes, o no respondo lo que haré con esta gatita. Te juro que si vuelve a sacar las uñas, se las corto con mi cuchillo o así para que no le crezcan en un año.

A pesar de lo avanzado de la hora, Texas montó de nuevo a caballo y se encaminó a la capital, donde llegó casi de madrugada.

Como no era hora oportuna para molestar a nadie, se resignó a esperar, y en un modesto hotel se refugió a dormir hasta las nueve de la mañana.

A esa hora se dirigió a unos barracones de extramuros donde alquilaban carruajes para viajes cercanos o traslado de mercancías, y solicitó una pequeña, diligencia o un calesín cerrado. Alegó que tenía que trasladar a un enfermo a un poblado de Virginia, cerca de Richmond, y la necesitaría por cuatro o cinco días.

Para obtener el carruaje necesitó mostrar como garantía su documentación, y el solo nombre de Jim Texas bastó para que le cediesen un calesín bastante espacioso y cerrado, con un buen tiro de caballos.

Abonó el alquiler por adelantado, prometiendo devolver el carruaje cuatro o cinco días más tarde, y, montando en él y llevando atado a la trasera a su caballo «Huracán», del que casi nunca prescindía aun en viajes como aquél, se encaminó al lugar donde había dejado a Nino con su prisionera.

Ésta había sido despojada de su asfixiadora mordaza para que pudiese respirar libremente, y la joven, con los dientes apretados y los ojos flameantes, había desdeñado dirigir la palabra al mejicano.

Cierto era que éste le estuvo colmando de insultos por el trato que había dado a su rostro, y en sus amenazas había llegado a sacar el cuchillo para asegurar que le cortaría los brazos por los codos si la sentía elevar la voz más de lo natural.

Mediado el día, apareció la calesa cerca del desmonte, y Nino, muy contento por el regreso de Texas, salió a su encuentro, diciendo:

—Bueno va, manito. Veo que te has provisto de un buen cacharro para viajar o así… Ahí tienes a tu palomita más mansa que un borrego recién nacido… Me ha pedido perdón por las caricias que me hizo y hasta ha prometido curármelos con un beso o así si lo deseo.

Texas se acercó al lugar donde permanecía la joven, y con humorismo exclamó:

—¿Qué opina usted del amanecer en el bosque? ¿Verdad que es pintoresco? Usted que es tan sentimental, se habrá sentido inundada de poesía a pesar de tener al lado a un alcornoque tan poco poético como Nino.

Ella hizo una mueca de desprecio, y él continuó:

—¿Quiere usted venir por su pie a un magnífico carruaje que he dejado al otro lado de la cortada, o prefiere que el dulce y amoroso Nino la transporte con la delicadeza que él sabe emplear?

Ella se levantó rápidamente, diciendo:

—Prefiero que me ahorquen antes de que ese asqueroso mejicano vuelva a ponerme una mano encima.

Nino montó en cólera al oírla.

—¿Asqueroso yo, maldita sea Sonora?… Déjame, manito. Déjame que le lime un poco la lengua o así para que esta pringada no me insulte de esa manera.

—No te ofendas, Nino —repuso Texas—; es que no eres su tipo, y por eso te trata así. Tú que eres tan hábil conquistando mujeres, no has sabido rendirla, y es lástima. Te hubiese convenido, Nino. ¡Una millonaria tan dulce, sensible y exquisita! ¿Por qué no le ofreces el caballo de…?

—¡Al diablo con tus caballos, manito! Déjame ya en paz. Ni por todas las yeguadas de Tejas me casaba ya con un sapo venenoso como éste…

Texas cortó las ligaduras de los pies de Vera y, tomándola por un brazo, la ayudó a andar. Vera sintió un estremecimiento de angustia al verse tomada por el brazo, y se tensionó, pero súbitamente dio un tirón, diciendo:

—¡No me toque!… Me da asco su contacto. Yo iré sola.

Él la soltó, guiándola, y cuando llegaron al calesín, abrió la puerta, indicando el interior.

—Suba.

Ella obedeció, preguntando después:

—¿Dónde me lleva?

Nino, que se había encaramado al pescante para hacerse cargo de las riendas, exclamó:

—Si vale mi opinión, al infierno, aunque es fácil que nos la devolviesen…

Texas, sin contestar, trabó los dos caballos a la zaga del coche y penetró en él, sentándose frente a Vera.

—Vamos, Nino —ordenó—. Ya conoces el camino.

La diligencia partió a buen trote, y Vera insistió:

—Le he preguntado dónde me lleva. Creo tener derecho a saberlo.

—¿Qué más le da un lugar que otro? Es usted mi prisionera y no tiene derecho a opción.

—¿Sabe usted a lo que se expone con este rapto?

—No me inquieta su bello y audaz amigo.

—No me refiero a eso —interrumpió Vera—; me refiero a las autoridades. Algún día me veré libre y entonces…

—Entonces, hará usted lo que le parezca y yo también, pero me

parece que está levantando usted muchos puentes en el aire. Usted no se verá libre mientras no vuelva a mí su prima Stella, y… óigame bien: si le ocurriera alguna desgracia, pagaría en la misma moneda. Yo sé devolver los golpes como pretenden dármelos.

Vera tembló ante la amenaza; había aprendido a conocer a Texas y sabía que era capaz de llevar a término lo que decía.

—¡Pero si yo no sé una palabra de mi prima! —clamó ella suplicante—. Le juro que usted me ha dado la primera noticia.

—Bien, de todas formas, usted me ayudará a rescatarla.

—¿Cómo?… Si me tiene usted prisionera…

—No importa. Ahora vamos al rancho de un amigo mío, en Virginia. Me debe la vida y se la jugaría por mí, de modo que no piense en sobornarle. Allí escribirá usted una carta para Zenker haciéndole saber su situación y lo que debe hacer para conseguir su rescate. Creo que está loco por usted, y si usted le ama como él…

Vera se revolvió en su asiento, rugiendo:

—¡Cállese! No amo ni amaré a Zenker por mucho que haga por mí… lo siento, pero así es… Quizá si las circunstancias me forzaran a ello, me casaría con él, pero amarle nunca… Ha llegado demasiado tarde para eso.

—Entonces, ¿quién es el afortunado mortal que usufructúa su inocente corazón? Me agradaría conocerle para ponerle sobre aviso… Sería un acto piadoso.

Vera explotó en un sollozo de rabia infinita y rechinando los dientes gritó:

—¡Cállese!… ¡Cállese, monstruo! Usted se arrogará el derecho de disponer de mi cuerpo como dispone, pero no de mi alma. ¿Qué sabe usted de ella?

—Tanto, que si pretendiese saber algo más y metiese la cabeza en ella moriría envenenado.

Vera le miró de un modo homicida, y bajando la cabeza se sumió en un hosco silencio. No quería seguir hablando de aquel tema con Texas. Era demasiado espinoso y él nunca podría sospechar de lo que guardaba en su corazón.

El calesín rodaba por sendas polvorientas bajo un sol de fuego, y Texas, con los revólveres a mano, vigilaba el camino temeroso de que surgiese algún contratiempo inesperado. Habían aprendido a temer a Zenker y a su organización de pistoleros y temía que por

cualquier conducto insospechado pudiese haber descubierto su fuga.

Cuando llegó la noche, Texas decidió apartarse del camino y buscar un lugar alejado y oculto donde descansar. Pasarían la noche al abrigo, dando descanso a los caballos y dormirían ellos por turno unas horas, sin dejar de vigilar a Vera de la que desconfiaban hasta en aquel estado de impotencia a que la habían sometido.

Desde Wáshington a Milford habría unas cien millas, quizá más, debido a que no habían elegido el camino más recto, y se proponía, no abusando de la fortaleza de los caballos, hacer el recorrido en tres días.

El fin de la primera jornada lo habían realizado en Woadmigde, a unas cuarenta millas del punto de partida.

Tanto Nino como Texas, conocían muy bien aquella parte de Virginia por haber peleado en ella durante la guerra y se sabían de memoria todos los accidentes del terreno.

Comieron de las provisiones que Texas se había procurado antes de partir, y aunque Vera se negó a probar bocado, aceptó la cantimplora del agua, pues le acosaba una sed rabiosa.

Sobre las nueve de la mañana, volvieron a emprender la ruta. Ahora iban dejando a su izquierda el río para internarse por un terreno llano y reseco, en el que se descubrían diseminadas algunas haciendas y varios rebaños, pero Nino se apartaba de toda vecindad y Vera rabiaba interiormente al observar la maniobra.

Al llegar la noche, volvieron a buscar un lugar retirado, y Texas ofreció nuevamente comida a su prisionera.

Esta se vio forzada a aceptarla, pues su estómago se imponía a su ira.

Texas comentó irónico:

—La carne es superior al espíritu, créame. Aun en los mayores apuros y catástrofes se alza imperiosa y reclama el derecho a la vida… Coma, que mañana, por la noche, llegaremos a nuestro destino.

Vera, que ardía en deseos de saber dónde era conducida, preguntó:

—¿No lo puedo saber?

—¿Por qué no? Nadie se lo ocultará a usted allí. Vamos a Milford, ¿no lo conoce?

—No.

—Es un lugar muy pintoresco y hasta predispuesto a recibir a los asesinos. Durante la guerra, los sudistas cometieron infinidad de ellos por la región, y como culminación de sus crímenes innobles, en un pueblecito por el que pasaremos, llamado Bowlin Green, fue cazado a tiros aquel mal patriota que asesinó a Lincoln. Ya le enseñaré la granja donde fue acorralado.

Vera enmudeció. Las palabras hirientes de Texas le hacían daño y prefería no incitarle a hablar.

Habían emprendido la marcha de la segunda etapa, cuando, mediado el día, Texas, que no perdía de vista el camino, distinguió lejos, tras ellos, una gran polvareda y prudentemente colocó las armas al alcance de su mano, al tiempo que, asomando la cabeza, advertía a Nino:

—Camina con cuidado… Me extraña esa polvareda y no distingo lo que oculta. Puede ser alguna diligencia que sigue nuestra ruta, o jinetes, pero en cualquier caso el camino es exótico. ¡Cuidado, Nino!

—Va bueno, manito. Podemos esperar un poco o así, a ver si descubrimos a esos pringaos que nos siguen. No me gusta llevar más polvo detrás de mis caballos que el que éstos levantan con sus patas.

Y atando las bridas a un lado del pescante, preparó su rifle, que cargó con mucho cuidado.

Casi al paso, continuó la diligencia, mientras la nube de polvo avanzaba tenazmente, hasta que al cambiar el aire con brusquedad, barrió la polvareda dejando al descubierto un grupo de nueve jinetes que avanzaban a todo galope.

A Texas no le agradó aquel grupo y para convencerse de que no llevaban su misma ruta, ordenó:

—Nino, toma el primer camino vecinal que encuentres y métete por él. Quiero saber si vienen contra nosotros.

—Bueno, va, manito —replicó el mejicano— pero yo, para convencerme antes, les mandaría unas pildoritas de plomo o así. Si no vienen contra nosotros, escupirán la medisina, y si vienen…, pues les daríamos más.

—Tú haz lo que, te digo y no opines, pedazo de acémila.

—Bueno, va, ¡maldita sea Sonora!, que parese que yo nunca doy en el clavo cuando hablo.

Levantó el látigo y fustigó a los animales, los que, a todo galope,

arrancaron con brío haciendo tambalearse al frágil vehículo.

Vera movía la cabeza de un lado para otro, con ansia que no podía ocultar, y Texas, con acento hiriente, advirtió:

—Más vale que no confíe mucho en ese grupito de jinetes, por si sale usted perdiendo. Le prometo no dejar que se acerquen aquí, pero si lo consiguieran y me viese perdido, usted no se iría con ellos sino después de muerta.

Y tras esta amenaza trágica, se volvió de cara a los jinetes con las armas preparadas.

Los perseguidores, si tales eran, no hicieron intención de mostrarse agresivos, quizá debido a la distancia, y continuaron galopando con más brío al observar que el calesín volaba más que rodaba por la polvorienta senda.

Por fin, un estrecho camino lleno de baches se abrió a la derecha, y Nino, con gran habilidad, obligó a los caballos a internarse por él, avanzando unas cien yardas.

Texas dio orden de detenerse.

—Apéate y monta a caballo. No podemos dejarlos detrás del coche por si los matan.

—¡Repinto! —gruñó el mejicano—. Si matan a «Rayo», te juro que condimento un guiso con el hígado del que le meta una bala y me lo como aunque me envenene.

Texas, seguro de que dejaba bien amarrada a Vera, se apeó del calesín y montó en «Huracán», colocándose al otro lado de la diligencia.

Apenas habían montado, cuando el grupo de jinetes torcía a todo galope por la estrecha senda, avanzando con celeridad.

Texas ya no dudó más sobre las intenciones de la partida, y desenfundando el rifle ordenó:

—Atención, Nino; vamos a preguntarles hacia dónde van y qué buscan.

—Bueno, manito, permíteme que sea yo el que haga la pregunta… A lo mejor el muy cochino no me contesta.

—Bueno, pues, hazla —repuso irónico Texas.

Nino se echó el rifle a la cara, y sin casi apuntar, disparó. Un segundo después, el jinete más avanzado del grupo salía despedido del caballo, mientras éste seguía.

—¿No te dije? —afirmó compungido el mejicano—. Soy un

desgraciao o así… Ese pringan no me contestará.

Claro que no podía contestarle, porque había caído con el pecho atravesado de un certero balazo, pero ocho proyectiles contestaron por el muerto.

CAPÍTULO V

Zenker sufre una derrota

CUANDO a la mañana siguiente Zenker despertó con el cuerpo conturbado a causa del cansancio que aún no había logrado vencer, descubrió a Spack sentado sobre un sillón, en la estancia donde su hija había estado por última vez.

Pese a su alma endurecida, el financiero tenía una debilidad, que era Vera. Aquel era su flanco vulnerable y Texas no había podido tocar una cuerda más sensible para atacarle.

Zenker, después de tomar un buen baño y cambiar de ropa, se acercó al millonario diciendo:

—Animo, señor Spack, no hay que desesperar. Aún no tenemos perdida la partida.

—¿Usted lo cree?

—Claro que lo creo. En última instancia, tengo la seguridad de que si proponemos un cambio será aceptado. Pero aún confío en no llegar a ese extremo.

—¿Cómo?

—Déjeme hacer. He pensado un poco esta noche antes de dormirme y hay algo que mantiene mi esperanza.

—Dígame qué es. Lo necesito para animar la mía.

—Muy sencillo. Texas no ha podido llevarse a Vera metida en un bolsillo como un estuche. Una mujer raptada, dispuesta a defender su libertad, no puede ser trasladada de incógnito. Hay que por lo menos, meterla en algún vehículo. Un tren es peligroso, llevarla a caballo a la vista de todo el inundo, también es muy expuesto, y por ello, sólo se la puede trasladar en coche de carácter particular.

—Parece lógico, ¿y qué?

—Que el coche no han podido inventarlo, han tenido que buscarlo en algún sitio, alquilarlo seguramente, puesto que hay algunos puestos de alquiler y si hacemos alguna gestión rápida en ese sentido, acaso consigamos averiguar algo.

—¿Qué adelantaríamos con eso?

—Primero, tener la certeza de que han abandonado Wáshington; segundo, saber cómo, y tercero, quizá averiguar por dónde han salido. Si así fuese, con un buen grupo de gente dispuesta a todo y forzando la marcha a caballo, podría alcanzárseles.

—Creo que es usted demasiado optimista, pero como carecemos de indicios, si por ahí se averigua algo, quizá nos sea útil. Creo que debe usted apurar ese débil hilo.

—Muy bien, pero por si acaso tuviera éxito, necesito tener gente preparada para emprender la persecución. Convenía que usted hiciese algo por reunirla en un lugar determinado.

—Yo no puedo exhibirme, usted lo sabe. He muerto para todos.

—Disfrácese, busque a alguien conocido y preséntese en mi nombre. Cíteles, por ejemplo, a la salida del puente sobre el río. Que me esperen allí hasta que yo les busque, si triunfo, me serán útiles rápidamente, y si fracaso, les despediré.

Spack, perezosamente, se levantó. No sentía mucho entusiasmo por la idea, pero a falta de otra debía aceptarla.

Zenker, que ya se había vestido, abandonó la villa y se dedicó a recorrer los establecimientos que alquilaban calesines y diligencias. Hábilmente puso varios pretextos para justificar la pregunta, asegurando que Texas se había dejado olvidados unos documentos muy importantes, que debían serle entregados, y así llegó al establecimiento que alquiló el calesín.

El dueño, como no le había sido pedido el secreto, no tuvo inconveniente en dar los detalles que poseía y aseguró que Jim iba a Virginia, en un viaje que duraría, entre ir y volver, cinco o seis

días.

Gozoso se retiró, y apresuradamente volvió a la villa donde Spack acababa de regresar, después de buscar a uno de los indeseables a su servicio y darle orden de concentrar unos cuantos secuaces en el puente.

Zenker, nervioso, exclamó:

—Alégrese, señor Spack, creo que he encontrado la pista.

—¿De verdad? —preguntó el financiero anhelante.

Zenker, mientras preparaba su caballo, le dio cuenta de lo descubierto, y animándole a tener confianza, corrió en busca de los forajidos, poniéndose al frente de ellos y emprendiendo el trote se lanzaron por el camino, bordeando el río.

Caminaban al azar, pero Zenker, guiado de su instinto, seguía aquel itinerario, sospechando que Texas se dirigía a algún lugar conocido, precisamente por la zona recorrida por Jim durante la guerra.

Cuando pasaron por Woadbrigde, se cruzaron con unos granjeros que venían del interior y les interrogaron con la esperanza de recoger algún dato útil respecto a los fugitivos. Los granjeros afirmaron haberse cruzado con un calesín cerrado, conducido por un gigante de aspecto mejicano, y Zenker ya no dudó hallarse en la buena pista.

Pero Texas galopaba con ahínco y le llevaba una buena ventaja, lo que hizo que se viesen obligados a hacer noche en un poblado del itinerario, reanudando la persecución al amanecer.

Aun rebasaron la segunda etapa, sin alcanzar a los huidos, y solamente, cuando se hallaban al principio de la tercera, acertaron a descubrir el calesín en la lejanía.

Zenker animó a sus hombres con la promesa de una buena gratificación si se deshacían de los dos individuos que ocupaban el vehículo, y los forajidos, animados por la promesa y confiando en su superioridad numérica, se adelantaron dispuestos a ganar con poco esfuerzo el premio prometido.

Pero Zenker, que daba a sus enemigos el valor real que poseían, no quiso exponerse a figurar en la vanguardia del grupo. Podían suceder cosas imprevistas y por nada del mundo quería caer en las manos de su despiadado rival.

—Cuando Nino introdujo el calesín por el camino vecinal, los

pistoleros se consideraron seguros del triunfo. Estimaban que les habían cobrado miedo y que pretendían burlarles perdiéndose por zonas extraviadas.

Forzando la resistencia de sus monturas, se lanzaron como una tromba por el tortuoso sendero, pero, al descubrir el carruaje detenido y a Texas y Nino montados a caballo, dudaron un momento más, y animados por Zenker se dispusieron a la lucha.

Pero cuando aún no los tenían a tiro de revólver, vibró una detonación y el que caminaba en vanguardia salió volteado del caballo con un tiro en pleno pecho.

Un rugido de rabia estalló en el grupo y ocho revólveres tronaron fieramente, pero sus balas no alcanzaron a los dos intrépidos aventureros, que esperaban con los rifles preparados.

—Pregúntales tú, manito —advirtió Nino, fingiendo un aire compungido—. A lo mejor tienes más suerte que yo o así y te contestan.

Texas, que buscaba la silueta de Zenker, sin descubrirla, levantó súbitamente el rifle y, sin apuntar, disparó. Otro de los jinetes abrió los bazos, desprendiéndose del arma, y cayo de bruces sobre el cuello del caballo, en el que se sostuvo por un milagro de equilibrio.

El grupo, ante la fina puntería de los perseguidos, se disolvió, desparramándose fuera de la senda, entre los árboles que se extendían a los lados del camino, y Zenker, a retaguardia, hurtando el cuerpo a los disparos de Texas, gruñó:

—Rodearles…, atacarles por ambos lados. Mil dólares al que consiga tumbar a alguno además del premio ofrecido.

Los rufianes, ante la nueva promesa, se reanimaron, y avanzando por los flancos buscaron el modo de rodear el calesín, obligando a la pareja a dividir su atención a los dos lados de la senda.

Texas, sin preocuparse de ello, gritó a Nino:

—Ocúpate de los de la derecha y yo me ocuparé de los de la izquierda. No les dejes acercarse al calesín, no nos maten algún caballo o hieren a Vera.

—No te preocupes, manito, espero que no se atrevan a acercarse a oler donde sólo huele a pólvora.

Se separaron del carruaje, adelantándose entre los árboles, y a través de éstos, buscaron las móviles siluetas de los caballos

enemigos, que trotaban escudándose en los robles y encinas, para burlar mejor las balas de tan terribles adversarios.

Pero éstos eran tiradores demasiado excelentes para que tal maniobra les inquietara. Acostumbrados a luchar durante la guerra en toda clase de terrenos, conocían demasiados trucos, y así, como si adivinaran por dónde iban a cruzar los jinetes, tomaban como blanco los árboles más corpulentos y disparaban con tal precisión, que diez minutos más tarde, sólo quedaban tres jinetes de los nueve que habían intentado la persecución.

Los tres, aterrados ante la horrible carnicería que les habían hecho, volvieron grupas iniciando la huida, y Texas, que adivinaba que Zenker no podía, estar muy lejos de allí, concibió la sospecha de cazarle.

—Te dejo, Nino —exclamó—. Volveré enseguida si no consigo mi propósito. Cuida bien de la prisionera, y antes que dejarla en manos de nuestros enemigos, si sucediese algo, ¡mátala!

Y tras dar esta orden inhumana, que justificaba su estado de ánimo al pensar en la infeliz Stella, picó espuelas a «Huracán» y emprendió un rudo galope por la senda en la que los tres fugitivos no eran más que una leve polvareda que se desvanecía.

Texas dejó a un lado el camino vecinal y salió a la carretera, ganando terreno a los forajidos. Éstos, al verse perseguidos, se dispusieron a la defensa, y sin dejar de galopar, disparaban imprecisamente, tratando de detener a tan obstinado jinete.

Pero Texas, despreciando sus disparos, seguía avanzando y ganando terreno, hasta que, estimando que los tenía a tiro seguro, levantó el revólver y disparó.

El proyectil alcanzó a uno de los caballos en un brazuelo y el animal al sentirse herido, relinchó dolorosamente y se inclinó de costado, lanzando al jinete contra el polvo de la senda para enderezarse inmediatamente y emprender el trote cojeando.

El forajido sobrecogido por el pánico, suplicó de sus compañeros auxilio, pero éstos, viéndose tan en peligro como él, le abandonaron a su suerte, forzando el galope para huir a los trágicos disparos de su perseguidor.

El bandido al saberse perdido, clavó la rodilla en tierra y se dispuso a vender cara su vida. Con el revólver empuñado, abrió fuego contra Texas, quien temeroso de que «Huracán» recibiese

algún impacto, disparó sobre él. El recibiese algún impacto, disparó sobre él. El indeseable se inclinó contra la tierra, pero aún disparó hasta dos veces. Luego soltó el arma y cayó de costado quedando inmóvil.



Lanzando al jinete contra...

Texas, temiendo fuese una estratagema para sorprenderle cuando se acercara, detuvo su caballo a larga distancia y apeándose,

avanzó con el revólver empuñado y la mirada fija en el caído. Creía haberle herido simplemente, pues tal era su intención y al primer movimiento extraño que hiciese le dejaría clavado a la tierra.

Pero cuando se acercó a él sin que nada sucediese, un gesto de cólera contrajo sus labios. Su objeto era herir al forajido para obligarle a hablar y que le diese detalles que podían serle muy útiles, pero la suerte había hecho que el forajido recibiese el tiro en el pecho atravesándole un pulmón y estaba muerto.

Texas desistió de continuar la persecución. Se había alejado bastante del calesín y por otra parte, para alcanzar a los fugitivos tendría que perder ya mucho tiempo, cosa que no le interesaba.

Estaba seguro de que todo era obra de Zenker, pero le intrigaba saber cómo le había localizado y por dónde andaba el astuto secretario de Spack. Esto para él era muy interesante, pues de su captura dependía el poder rescatar más o menos tarde a Stella.

Furioso volvió grupas alcanzando de nuevo el calesín. Nino vigilaba como un perro fiel y ninguna novedad se había producido.

—¿Has echado un vistazo a esos sapos que dejamos tumbados entre los árboles? —preguntó Jim.

—No, manito, no me he movido de aquí, creo yo. ¿Para qué iba a hacerlo? Tú y yo no desperdiciamos plomo.

—Claro que no, pero me interesaba haber cogido a alguno, con vida para hacerle hablar.

—¿No te dije que a lo mejor, esos cochinos pringaos no te contestaban? Son unos sapos sin educación.

Y riendo el comentario, acompañó a Texas a registrar los alrededores.

Sólo encontraron los cadáveres de los caídos. Ninguno se hallaba con vida y Texas tuvo que darse por vencido.

—¡Otra vez será! —dijo—. Vamos, Nino, que hemos perdido mucho tiempo y vamos a llegar de noche al rancho.

Nino recogió los revólveres y los cartuchos de los indeseables y guardándolos en el hueco del pescante, comentó:

—Güeno va. El día que vendamos todo el hierro viejo que hemos cogido a nuestros enemigos, me compro un bonito rancho o así con el producto.

Jim volvió a subir al vehículo en el que Vera con los dientes apretados y los ojos fulgurantes de rabia, exclamó:

—Estará usted contento, ¿verdad? Continúa usted siendo el hombre invulnerable al que aún no le ha llegado su bala al corazón.

—En efecto, aún no me ha llegado. Hace falta reunir muchos y muchas manos asesinas disparando para tocarme con ellas.

—¡Quién sabe! A lo mejor, la mano que cree usted más inocente es la que corta su brillante carrera.

—¿No se referirá usted a la suya? No es tan inocente como usted supone, señorita.

—No me refiero a la mía especialmente, pero no la desprecie, porque también sé manejar un revólver y no me falta coraje para hacerlo.

—Quisiera yo saber qué no sabe usted manejar en el orden de la destrucción y el mal. Me apena comprobar que una muchacha tan linda, que podía ser una esposa ideal y acaso una madre modelo, sólo sea un pequeño reptil dispuesto a clavar su veneno en cuanto le rodea.

Vera enrojeció ante el insulto. Jamás hombre alguno le había tratado tan despiadadamente y mucho más aquél, que sabía ser el más certero para clavarle en el alma el dardo de sus palabras.

Rabiosa, no quiso seguir hablando, pero Texas, que no se había calmado aún, continuó:

—Como habrá sabido apreciar, todo esto es obra de su amado Zenker. Le reconozco un hombre hábil, astuto y diligente. Hace una semana nos batíamos en las montañas de Tejas y hoy lo hacernos a muchos cientos de millas. Aún entonces, tan confiado en el triunfo estaba, que dio la cara por un momento, hoy desconfiaba tanto de sus infelices pistoleros, que sabiendo que lo que se jugaba era usted y su amor, ha sido tan cobarde que se ha escondido Dios sabe dónde.

Como Vera no contestara, decidió dejarla. Un cúmulo de pensamientos atormentaba su espíritu y aunque hablaba para olvidarlos, la imagen y la suerte de Stella no se apartaba un momento de su imaginación y contra su voluntad eran el eje de sus meditaciones.

El calesín siguió rodando raudamente y empezaba a anochecer cuando aún no habían alcanzado el rancho.

Texas obligó a Nino a forzar la marcha y ya había salido la luna, cuando al enfocar una verde pradera descubrieron un bonito

edificio levantado al amparo de un enorme talud que la protegía de los vientos norteños.

Detrás del talud, se corría un terreno accidentado, en el que el dueño de la hacienda contaba con pastos de invierno para las reses y la situación era ideal, pues había agua en abundancia pastos extensos y árboles sombreantes.

Nino se dirigió en línea recta hacia el rancho y poco antes de llegar a la cerca. Texas le mandó detenerse.

—Quédate aquí y vigila bien —dijo—. Voy a hablar con mi amigo Kildar. He de exponerle antes la situación, pues no quiero comprometerle a nada contra su gusto.

Texas llamó a la puerta y un peón salió a recibirle.

—¿Qué desea, forastero?

—¿Está el señor Tildar? Quisiera verle.

La voz de Texas hirió el oído de un hombretón fornido y simpático, que en mangas de camisa se hallaba sentado fumando su pipa debajo del porche. El individuo se levantó con una agilidad impropia de sus cincuenta y cinco años cumplidos y gritó con voz de trueno:

—¡Por los cuernos de una vaca…! Esa voz… ¡Texas!

El ranchero corrió a la cerca con los brazos extendidos y Texas, sonriendo, se dejó abrazar por él.

—¡Cuerpo del demonio, Jim! ¿Qué diablos hace usted por aquí? ¿Cómo ha venido y a qué?

—Un momento, señor Kildar. El objeto que me trae es algo vidrioso. Traigo conmigo una prisionera que no puedo dejar libre hasta que arregle cierto asunto y como no contaba por aquí con nadie que pudiese prestarme apoyo en un asunto tan raro, me he acordado de usted. Claro es que sin compromiso de su parte.

—¿Quiere callarse? Cuando hace usted eso sus razones tendrá. Si esto puede servirle de cárcel, se la cedo.

—Antes, escúcheme un momento. Le explicaré a grandes rasgos lo que sucede y a lo que puede exponerse.

Parcamente le dio detalles del laberinto en que estaba metido y Kildar sin dejarle concluir, dijo:

—No hablemos más, Texas. Tráigala por aquí y se la vigilará hasta que usted disponga otra cosa. Nada le puedo negar personalmente y más cuando se trata de rescatar a una infeliz

muchacha víctima de las malas artes de esos rufianes.

Texas volvió al calesín y dijo a Vera que miraba a través de la ventanilla devorando el rancho con los ojos.

—Hemos llegado, Vera. En este precioso rancho, le brindarán a usted alojamiento digno y según se comporte, así se comportarán con usted. Puede ser un huésped o una prisionera; eso depende de usted.

—¿No tratará de exigirme que de «mi palabra de honor» de no intentar escaparme?

—No. Su «palabra de honor» no tiene valor para mí. No se puede hablar en nombre de cosas que no se poseen. Le he advertido simplemente, que según se comporte así le tratarán. Lo demás corre de su cuenta y la mía.

—Bien, como no tengo opción, me resigno. Algún día ajustaremos cuentas de todos esos insultos que me está usted prodigando tan cobardemente.

Texas se encogió de hombros y con su fino cuchillo cortó las ligaduras de la prisionera.

—Está usted libre para andar por el rancho. No olvide que esta es como si fuese mi hacienda y que si se mostrase tan insensata que pretendiese escapar, la echarán a usted un lazo como a un ternero, arrastrándola por la pradera y si no basta con eso, le darán un tiro sin escrúpulos de ninguna clase.

Ya hecha esta advertencia peligrosa, se encaminó hacia la cerca vigilada por Jim.

Vera, dignamente, atravesó el patio. Kildar se la quedó mirando fijamente, preguntándose cómo una joven tan elegante y hermosa, podía ser el monstruo de maldad que Texas le había pintado y con cierta cortedad, dijo:

—Señorita, me apresuro a decirle que con arreglo a las instrucciones de mi amigo, en esta casa se la tratará a usted con todo género de consideraciones mientras usted no intente algo para suprimirlas. Si así lo hace, me veré precisado a no recordar que es usted una mujer. Voy a enseñarle una habitación decorosa, en la que podrá asearse y estará cómoda, pero no olvide que debajo de su ventana habrá un hombre vigilando con un rifle y orden de disparar si intenta usted abandonar esta cerca.

Vera no contestó y Kildar, llamando a una muchacha que

oficiaba de sirvienta, dijo:

—Bárbara, lleva a esta señorita a la habitación del fondo del pasillo de arriba y ponte a sus órdenes. Sírvele cuanto precise y pida, menos cosas que puedan servirle para que intente marcharse. ¿Me entiendes?

La sirvienta asintió y precediendo a Vera desapareció por el porche seguida de aquella.

Nino entretanto, encerró el calesín en uno de los cobertizos y después de saludar efusivamente al ranchero, quien le recordaba gustoso, exclamó:

—Güeno va, manitos, pero con esto de gastar tanto plomo tengo la garganta reseca por la pólvora o así. Un buen trago creo que lo tengo ganado. ¡Maldita sea Sonora!

El ranchero rio y dio orden de que le sirvieran de beber y Texas, severo, anunció:

—Por esta vez, un trago pase, pero no te aficiones, Nino, porque, ¡maldita sea Sonora y todos los Estados de Méjico!, que como te pille un día borracho, te ato de pies y manos y te tengo metido en el pilón boca abajo doce horas seguidas.

—Güeno, manito, abusas porque sabes que contigo no me puedo meter, pero quisiera yo saber de otro fajao que me amenazase a mí con eso, creo yo. ¡Con lo mal que me sienta a mí el agua!

Y ansiosamente tomó el vaso de *brandy* que le ofrecía el cocinero chino, diciendo:

—Gracias, hijo de Confusio. Cuando vuelva a Sonora te voy a comprar una peineta de carey para que te peines la coleta, que vas a dar envidia, a todos los hijos del Celeste Imperio, creo yo.

CAPÍTULO VI

NINO CAE EN UNA TRAMPA

ZENKER no era hombre que se dejase abatir fácilmente por la desgracia o los golpes adversos. Sabía acusarlos con rabia, pero con ánimos de devolverlos y jamás perdía las esperanzas de triunfar, pues era un fatalista y cultivaba el axioma de que mientras hay vida hay esperanza.

Cuando vio a sus hombres a punto de ser derrotados, comprendió que era muy peligroso esperar el resultado final que ya estaba previsto. Texas y Nino eran hombres demasiados duros para unos pistoleros tan blandos, reclutados sin selección y decidió dejarles entregados a su suerte.

Lo que le interesaba era saber a qué lugar era conducida Vera. Averiguado esto, lo demás ya lo estudiaría con detenimiento, pues estaba seguro de que del lugar donde fuese encerrada no sería movida, mientras Texas hacía gestiones para descubrir el paradero de Stella. Pero presumiendo que su acérrimo enemigo le buscaría con saña, creyéndole huido ante él, buscó un lugar de refugio no lejos de allí y en un enorme socavón que encontró, introdujo su caballo y se quedó en el reborde con el revólver preparado, dispuesto a vender cara su vida antes de caer en manos de Texas.

Sus sospechas no fueron vanas. Cuando los forajidos se declararon en derrota, Jim galopó tras ellos y desde su escondite, captó el estampido de las detonaciones cruzadas con el último fugitivo. Luego, al cabo de un buen rato, sintió el galope de «Huracán» que regresaba y respiró tranquilo.

Sabía que terminada la pelea, el vehículo se pondría nuevamente en marcha y estaba decidido a seguirle hasta el fin del mundo, con tal de descubrir la prisión a la que Vera iba destinada.

Internado entre los árboles, a una distancia prudencial para no ser descubierto, siguió de lejos el calesín hasta que éste salió a la pradera.

En el borde de ésta, se vio obligado a detenerse. Para él resultaba un contratiempo, pues tendría que descubrirse si quería perseguirles, pero con gran alegría observó que el vehículo giraba, encaminándose hacia un rancho no muy lejano.

Desde el límite de los árboles, le siguió con la mirada hasta verle detenerse junto a la cerca y un suspiro de alivio brotó de su pecho.

La suerte le había sido propicia. Ya sabía dónde Vera permanecería oculta y a Zenker le pareció el sitio ideal para intentar su rescate.

El rancho se hallaba aislado de toda vecindad y aunque contase con un buen peonaje, si reunía mayor número de gente y la escogía bronca y dura, podía intentar el asalto del rancho y rescatar a la prisionera.

El asunto no era fácil, pero acaso aprovechando aquel talud que protegía la hacienda y el terreno montañoso que se extendía detrás, pudiese intentar una noche un golpe de mano y rescatarla sin ponerla en peligro.

Después… después atacaría el rancho de frente y le prendería fuego con todos los que albergaba. No dejaría a su enemigo resquicio libre y caería allí mismo, pues alguna vez tenía que ser él quien tomase la verdadera iniciativa.

Cuando vio desaparecer en el interior el calesín, quedó tranquilo. Si alguna duda había albergado sobre la estancia de Texas en el rancho, aquel detalle acababa de disiparla.

Sin preocuparse más de su enemigo, picó espuelas y retrocedió desandando el camino. Tenía que aprovechar el tiempo para reclutar gente adecuada y en cantidad, que le sirviese para sus

planes.

* * *

Woadbrigde era un poblado junto al río en el que pululaba siempre gente de dudosa condición. El río es un imán para los aventureros que se valen de él en sus ratos desesperados para procurarse algunos dólares en la descarga o los embarques y supuso que allí podía encontrar gente apta para sus planes.

Pero la jornada era larga y necesitaba un descanso. Así cuando regresó de Ataflord pernoctó en una posada de un pueblo donde durmió unas horas y se repuso de alimentos por si se veía obligado a permanecer lejos de toda vecindad durante algún tiempo.

Avivando la marcha de su caballo, llegó por fin al anochecer al poblado y después de echar un vistazo a los tugurios más mal encarados, eligió uno próximo a la ribera.

Lo encontró lleno de clientes, gente de río en su mayor parte. Se bebía y se jugaba y el humo del tabaco formaba una densa cortina que desfiguraba las siluetas de los clientes, borrando en azul los rasgos de sus rostros.

Zenker penetró decidido y sentándose en un rincón, pidió un vaso de ron y se dedicó a observar a los concurrentes. Quería darse cuenta de sus posibilidades para sus proyectos y ver si allí podía reunir la gente que necesitaba para sus planes.

Un tipo alto y barbudo, vestido con unos pantalones de sarga azul y una camiseta a rayas, luciendo un estrecho cinto del que pendía un pesado revólver y la funda de un agudo cuchillo, había reunido en torno a él media docena de tipos poco tranquilizadores, a los que estaba relatando entre carcajadas estridentes, cierta faena que le había hecho a un mejicano grande como un castillo, con el que tenía ciertos resentimientos.

—Le hice un agujero en la chalupa y se lo tapé con estopa blanda. Cuando quiso cruzar el río con la carga, empezó a hacer agua. Tenías que verle maldecir tratando de achicar el agua sin conseguirlo y para colmo de sus males «se me fue el rumbo» de mi barca y tropecé con la suya, arrojándole al agua con todo lo que portaba. Bueno, lo que he podido reírme con ese pelao!

Estaba añadiendo detalles, cuando la puerta se abrió y un

mejicano de las señas personales aportadas por el forajido, penetró en la taberna. Al descubrir al charlatán, se fue a él derecho, diciendo:

—Eres un cerdo asqueroso, Billy. La faena que me has hecho no te la perdono y sí eres todo lo hombre que crees; prepárate a sostenerlo con el cuchillo.

Billy se puso rojo de cólera y llevó la mano al revólver, pero al observar que su enemigo no llevaba armas de fuego, lanzó un juramento y se detuvo.

—Eres un chacal indecente, González —dijo Billy si te crees que porque tienes miedo a manejar el revólver y por eso no le usas yo te voy a temblar con un cuchillo en la mano, te equivocas. Me sobran agallas para pelear contigo en todos los terrenos y con todas las armas.

—Pues no abras más ese bocón que tienes y demuéstramelo. Te estoy esperando.

—Bueno —gruñó Billy dispuesto a aceptar la pelea—. Lo haré aunque luego tenga que liarme a tiros con todos los coyotes que capitaneas en el río. No te creas que les voy a tener miedo.

El mejicano se despojó de la chaqueta, la dobló sobre su brazo izquierdo y con el cuchillo en la diestra esperó a que su rival estuviese preparado.

Zenker le contempló un poco sobrecogido. Las peleas al arma blanca le causaban escalofríos de miedo y admiraba la fiereza y la seguridad que el mejicano demostraba con aquella arma mortal en las manos.

Billy arrebató la chaqueta a uno de los que le escuchaban y realizó la misma operación que González, para protegerse lo mejor posible de los envites de su rival. Se le observaba hombre valiente, pero nervioso en aquella clase de luchas.

Un parroquiano gritó:

—Apuesto diez dólares a favor de Billy.

—Van —gritó otro desde el extremo contrario.

—Yo acepto dos a uno a favor del pelado.

—Yo lo tomo —se apresuró a contestar otro.

Rápidamente la clientela tomó partido por uno de los dos luchadores y pronto se vio que había más confianza en el mejicano que en el americano.

Éste clavó sus enormes piernas calzadas con altas botas de cuero, sobre el piso, y adelantando el brazo izquierdo gritó:

—Cuando quieras, asqueroso gringo. Prepárate que te voy a hacer un collar de tripas que va a ser la diversión de todos tus amigos.

El mejicano no contestó, pero adelantó el pie y tanteó con una brusca acometida las posibilidades de su rival. Éste se encogió hacia atrás burlando el golpe y estiró el brazo de frente, casi rozando el rostro del mejicano, pero González no demostró miedo alguno con aquel conato de peligro.

Con los dientes muy apretados y los ojos clavados en las manos de su contrario, se movía con cierta flexibilidad a pesar de su corpulencia y Zenker adivinaba que era maestro en aquella clase de lucha y que terminaría por vencer a su rival, apelando a algún truco mortal que el otro desconociese y no pudiese evadir.

Con un juego rápido de manos, buscó su pecho, pero Billy pudo cubrirse con la chaqueta, en la que quedó la marca del afilado cuchillo del mejicano y devolvió el golpe parado con habilidad de la misma manera.

Durante cinco minutos, ambos lucharon con habilidad, intentando golpes decisivos que no llegaban a cumplir su misión, aunque Billy había recibido dos ligeras herida una en el pecho y otra en un muslo, de la que brotaba la sangre escandalosamente.

El pirata de río blasfemaba brutalmente insultando de un modo agobiador a su rival, quien sin desplegar los labios, estaba atento al ataque, pero acusando los insultos en el color agrisado que había adquirido su rostro.

De súbito, hizo una maniobra extraña, amenazó con lanzarse a fondo obligando a Billy a extender el brazo presentando el cuchillo de punta para detenerle, pero González se dejó caer al suelo, apoyó la mano izquierda en el piso y estirando el brazo contrario por debajo del arma de su rival, que sólo encontró el vacío en la defensa, le clavó brutalmente el cuchillo en el vientre.

Billy emitió un rugido feroz y dejando caer el arma, se llevó ambas manos al vientre tiñéndoselas de sangre. Luego, como un toro herido en sitio vital, se desplomó produciendo un ruido sordo.

El mejicano se irguió haciéndole relampaguear su triunfo los negrísimos ojos y gruñendo rencorosamente:

—¡Ahora vete a insultar al diablo a los infiernos!

La clientela quedó aterrada durante un momento, pero los gananciosos abrazando al mejicano, gritaron:

—¡Mis dólares! ¡Mis dólares! ¡Viva Méjico!

Mientras se liquidaba la cuenta y dos individuos más decididos que el resto tomaban al caído y lo sacaban para arrojarle al río sin más miramientos, González pidió un vaso de ginebra y después de apurarlo, abonó la consumición disponiéndose a salir.

Antes de hacerlo, se encaró con los presentes diciendo:

—Si hay por ahí alguno que quiera repetir el juego, ya sabéis dónde estoy. En «La piragua azul».

Y abandonó la taberna con un gesto desdeñoso.

Zenker, que se había levantado dispuesto a marchar, salió tras él presuroso y alcanzándole veinte yardas más adelante, le llamó:

—Oiga, señor González, quiero hablar con usted.

El mejicano se volvió, preguntando:

—Usted dirá, señor.

—Según he oído en la taberna, tiene usted una partida de buenos amigos que le apoyan.

—Así es, señor.

—¿Son tan duros como usted?

—Eso creo, caramba, pero si alguien lo duda…

—No, no es duda, sino deseo de saberlo. ¿Qué haría usted y sus amigos para ganar entre todos dos mil dólares?

—¡Caramba, señor, mucho!

—Yo tengo esa cantidad a su disposición si me sirven por unos días. Acaso si la cosa sale como necesito, la gratificación sea duplicada.

—¡Ah! Pues, bueno… puede contar con nosotros. Dígame de qué se trata.

—Prefiero que hablemos junto con sus compañeros. Así no habré de repetir la proposición.

—En ese caso, véngase a «La piragua azul». Están allí esperándome.

Zenker se dirigió con él a otro tugurio tan pésimo o peor que el que había abandonado y media hora después lo abandonaba seguido de diez jinetes armados hasta los dientes.

Después de alejarse un buen trecho del poblado, Zenker se

encaminó a un pequeño bosque junto a la cinta del camino, dando orden a los jinetes de detenerse.

—Es conveniente que pasemos aquí la noche y reanudemos la marcha para llegar mañana por la noche al lugar donde debemos dar el golpe. De todas formas, hay que montar una guardia por si alguien viene por este lado. Podría suceder que alguno de nuestros enemigos intentase marchar y no puedo permitir que lo haga.

González, asumiendo el mando de la cuadrilla, puso dos hombres de centinelas avanzados y el resto se tumbó a dormir sobre la hierba. Zenker les imitó, dando orden de ser despertado si sucedía algo, pero la noche transcurrió con tranquilidad.

Después de amanecer, confeccionaron un desayuno con las provisiones que se habían agenciado y reanudaron la marcha. Zenker les examinaba atentamente, ponderando la utilidad de aquellos hombres y no quedó disgustado.

Algunos no eran muy buenos jinetes por estar acostumbrados al río más que a la tierra, pero otros montaban muy bien y hasta había alguno que había sido vaquero, pues llevaban los lazos colgados de la silla.

Se iban aproximando sensiblemente al lugar donde se hallaba establecido el rancho, cuando al coronar una cuesta desde la que se dominaba la carretera dando vueltas por detrás de unos taludes, Zenker se sobresaltó. Acababa de descubrir un calesín que avanzaba a buen trote y no le costó gran trabajo reconocer en él al que había transportado a Vera y sobre el pescante al inconfundible Nino.

Loco de alegría, concibió un rápido plan de ataque. Ignoraba si el calesín viajaba solo o en compañía, pero en cualquier caso, si no se podía apoderar de Texas y rescatar a Vera, se apoderaría del mejicano y esta captura podía serle muy útil.

Nerviosamente, gritó:

—¡Atrás!… ¡Daos prisa, muchachos! Hay que retroceder sin que nos descubran hasta una revuelta que hemos dejado a la espalda. Aquella que se encajona entre árboles y desmontes.

La cuadrilla retrocedió hasta el lugar indicado, una milla más atrás y cuando la alcanzaron, Zenker ordenó:

—Escuchad. Dos que aten un lazo de árbol a árbol atravesándole sobre el camino. Hacerlo muy bajo, de forma que no se vea, pero que los caballos tropiecen y caigan. Podéis amontonar sobre ella

hierba para disimularla… Los demás, subiros a esos desmontes con las armas preparadas y el que sea más hábil enlazador de reses, que lo diga.

—Yo —exclamó un mejicano bajito y gordo, pero fuerte como un toro—. En Jalisco antes de tener que dejarlo gané varios premios enlazando reses.

—Muy bien. Tú te subirás ahí y cuando los caballos del calesín tropiecen y caigan o se detengan, lanzarás inmediatamente el lazo sobre el conductor, aprisionándole. No marres ni sueltes, que te costará la vida. Es el paisano tuyo más temible que he conocido.

—Bueno va —repuso el vaquero—. He peleado con algunos muy chulos y todavía lo cuento.

—Pues no presumas, por si acaso… ¡Vivo, que puede llegar de un momento a otro!

Rápidamente tomaron posiciones. El terreno era ideal para una emboscada y el lazo tirante a pocos centímetros del suelo fue bien disimulado, extendiendo hierba no sólo sobre él, sino alrededor.

Zenker se colocó detrás de uno de los desmontes con el revólver preparado y advirtió seriamente:

—Lo quiero vivo, ¿lo entendéis? Solamente en el caso de que el lazo falle y pudiera echar mano al revólver, disparar, pero procurando no matarle.

Todos se agazaparon astutamente y con los nervios en tensión esperaron.

Poco después, captaron el ruido del calesín avanzando por el camino. Los caballos iban a un paso vivo y hasta ellos llegó la cadencia de una canción mejicana que Nino tarareaba a media voz.

El carruaje dobló el recodo y súbitamente los caballos enredaron sus patas entre el lazo, hocicando. Nino, ajeno a lo sucedido, trató de contenerles, cuando ya los animales, por impulso de la velocidad, habían caído a tierra, inclinando el coche hacia delante. El mejicano medio perdido el equilibrio, se echó hacia atrás para no salir despedido del pescante, en el momento en que algo que hizo sombra al cruzar, cayó sobre él enlazándole el cuerpo y los brazos de un recio tirón.

Nino quiso evadirse, pero perdió el equilibrio y vino a tierra arrastrando tras él a su opresor.

CAPÍTULO VII

Una fuga dramática

LA noche transcurrió con tranquilidad en el rancho. Vera fue aposentada dignamente y la joven se mostró dócil, quizás por miedo, quizá porque desconociendo el terreno, comprendía que era una locura intentar algo que podía resolverse peligrosamente para ella.

Estaba empezando a conocer a Texas y le creía muy capaz de cumplir sus amenazas, sobre todo mientras Stella no fuese recuperada por él.

Vera, a solas, hizo muchas conjeturas sobre el caso. Aunque la primer noticia que tuvo del rapto la recibió por Jim, comprendía que todo era obra de Zenker, el cual ansioso de cumplir su promesa y conseguir su amor, estaba forzando sus posibilidades de triunfo.

Más tarde, el ataque de que habían sido objeto le indicó que el astuto secretario de su padre no se dormía y empezó a abrigar la esperanza de que aún derrotado nuevamente, estuviese trabajando en la sombra para rescatarla.

Luego pensó en su padre y se sintió angustiada por él. Adivinaba su sufrimiento y no se explicaba cómo no se descubrió y apareció en la estancia cuando Texas fue atacado por sus hombres. Ignoraba que

en aquellos momentos no se hallaba en la villa, por estar esperando a Zenker donde éste le había citado.

Tampoco al día siguiente dio muestras de impaciencia. No quiso salir de su habitación y allí le fue servida la comida.

Texas, preocupado, estudiaba la forma de hacer saber a Zenker que la vida de Vera dependía de la de Stella y queriendo encontrar una fórmula para conseguir el rescate sin denunciar el lugar donde tenía escondida a la hija de Spack, discutió mucho el asunto con el ranchero y por fin tomó una decisión.

Devolvería el calesín a Wáshington con Nino y haría llegar una carta a la villa a nombre de Zenker, proponiéndole el cambio. El secretario daría libertad a Stella, la cual debería ser entregada al secretario de Estado. Éste le comunicaría la libertad de la muchacha y él prometía poner en libertad a Vera, sin perjuicio de que terminada esta tregua continuase la enconada lucha.

Con este plan, escribió la carta y al día siguiente dio orden a Nino de partir a Wáshington a devolver el carruaje y a entregar la misiva, advirtiéndole que tuviese cuidado no fueran a seguirle y denunciara sin querer el lugar donde se hallaba la joven.

Nino partió con el carruaje sin grandes precauciones. Estaba seguro de que después del, fracaso sufrido, Zenker habría huido perdiendo su pista y que nada tenía que temer en el viaje.

Así galopó hasta el estrecho paso, donde le habían tendido tan hábilmente la emboscada y solamente cuando sintió ondear el lazo sobre su cabeza se dio cuenta de la trampa en que había caído.

Como un bloque de piedra rodó del pescante a la senda, trabado como un novillo y al caer, arrastró tras sí al hábil lacero, quien estuvo a punto de romperse todos los huesos al verse deslizar desde aquella altura.

Por fortuna cayó sobre los caballos, estando a punto de ser obsequiado con una traidora coz, pero se libró del percance y tuvo ánimos para retener el lazo y tirar de él, hasta que parte de sus compañeros caían sobre Nino tratando de acabar de inmovilizarle.

Pero no habían contado con las hercúleas fuerzas del gigante mejicano. Éste, no pudiendo accionar sus terribles brazos, hizo un esfuerzo y trató de rodar por la tierra arrastrando tras él a cuatro indeseables que tiraban del cuero y aunque acudieron en su ayuda otros forajidos y materialmente aplastaron a Nino con el peso de su

cuerpo, la pelea fue feroz, hasta que el número y la masa redujo a la impotencia al formidable Nino.

Por fin, consiguieron reducirle con nuevos lazos y el sorprendido, que se hallaba rojo de los esfuerzos realizados y con el traje casi hecho tiras, vociferaba como un energúmeno maldiciendo como jamás había maldecido.

—¡Cochinos coyotes! ¡Buitres roñosos!… ¡Cobardes! ¡Pistoleros de pega! Sois todos, una carroña indecente. ¡Maldita sea Sonora! Trabarme a mí como a una res, estos pringaos leprosos… ¡Maldita sea Jalisco! En cuanto me vea libre de estas asquerosas ligaduras, os voy a sacar los hígados a todos y me voy a hacer una merienda con ellos, aunque reviente. ¡Sapos!… ¡Víboras!

Cuando Zenker se convenció de que resultaba inofensivo, surgió de entre los taludes y encarándose con él, dijo irónicamente:

—¿Qué es eso, mi querido mastodonte? ¿Por qué berreas así, si te han dado el trato que mereces? Una bestia de tu categoría, no puede sufrir otro trato.

Nino, rojo de ira, rugió:

—¿Qué hablas tú, maldita sean tus astas, sapo con cuernos? ¿Hay en el mundo alimaña más venenosa y cobarde que tú? Muerdes a traición como los perros rabiosos… El día que me vea libre y caigas en mis manos, te voy a estar machacando los huesos con una piedra de cincuenta kilos hasta reducirlos a pulpa.

Zenker, despreciando las maldiciones de Nino, ordenó:

—¡Pronto! Levantar ese carruaje, quitar el lazo e internar todo en el bosque. No conviene que se entere nadie de lo sucedido.

Mientras entre cuatro arrastraban a Nino entre los árboles, otros se ocuparon de destrabar los caballos y hacer que el calesín desapareciese de la senda y así, pasados cinco minutos no quedaba huellas del incidente.

Alcanzando un terreno accidentado, escondieron el coche detrás de un espeso seto cubriéndole con ramaje para mejor disimularle y Nino fue introducido en una oquedad del terreno, con una buena guardia a la vista.

Zenker ordenó registrarle para privarle de sus armas y al verificar el registro, le fue descubierta la carta que portaba para el cruel secretario.

Zenker la abrió con curiosidad y después de leerla, se encaró con

Nino riendo salvajemente:

—¡Bravo! —dijo—. Tu patrón es muy listo, mejicano, pero en esta ocasión no lo ha demostrado. ¿Conque me propone un canje? ¡Qué iluso! ¡Si no me hace falta!… Me apropiaré de Vera y no le devolveré a Stella. Yo también sé devolver los golpes con elegancia.

—No esperarás que yo te diga dónde está, ¡maldita sea Sonora! —rugió Nino—. Podrás matarme y aprenderás a saber cómo sabe morir un hombre valiente y fiel, pero jamás me arrancarás una palabra del cuerpo.

—No es preciso que te esfuerces, soberbio plantígrado —afirmó Zenker—. Sé dónde la tiene encerrada.

—¡Embustero! —rugió Nino.

—¿Tú crees? Te lo voy a demostrar. Os he seguido después del ataque frustrado de mis hombres y llegué tras de vosotros a la pradera donde está el rancho destinado a prisión. Es muy bonito y le protege un precioso talud. ¿Crees ahora en mis palabras?

Nino rechinó los dientes con ira. Habían sido unos estúpidos en no registrar a su espalda y ahora Texas iba a pagar las consecuencias.

—Bueno —dijo—, pero creo yo que con eso no la tienes en el bolsillo.

—Quizá no, pero yo también le voy a proponer un cambio. Te soltaré a ti a cambio de vera, pero no le devolveré a Stella.

Nino se revolvió iracundo:

—¡Jamás, sapo venenoso! No seré yo el que lo consienta. Ni Texas tampoco.

—Ya lo veremos. Yo sé que te quiere mucho. Quizá entre dos males, elija el mejor. Y en cuanto a Stella, que se despida de ella. No la verá jamás. Fue imbécil al apresurarse a venir a Wáshington en busca de Vera. Si hubiese buscado por los alrededores de Austin, acaso a estas horas tendría a Stella en su poder, pero ya va a ser demasiado tarde.

Y rio de un modo que acabó de crispar los nervios del mejicano.

Luego, seguro de que le dejaba bien amarrado, abandonó la cueva y llamando a González, dijo:

—Bien, amigo; la primera parte ha salido muy bien y si en la segunda triunfáis igual, cumpliré lo prometido duplicando la gratificación. Voy a explicaros lo que deseo.

»No quisiera deshacerme de ese bruto por nada del mundo, pero tengo que reservarle por si me falla la segunda parte. Si triunfamos, le mataré como a una víbora y si no consigo lo que me propongo, tendré que darle libertad canjeándole por otra persona.



—¡Embustero!—rugió Nino.

«Esta persona, que es una mujer, está presa en un rancho cerca de Ataflor. Si conseguimos con astucia penetrar en él y rescatarla, el mejicano puede ponerse a bien con Dios y si no lo conseguimos…

—Podemos asaltar el rancho; somos diez bien fajaos y podemos mucho.

—No lo pongo en duda, pero desconozco el número de los que guardan el rancho y en cambio, conozco a uno que vale por muchos. Es la astucia la que puede triunfar sobre la fuerza y tenemos que estudiar la forma de legrarlo.

Toda la tarde se la pasaron barajando planes, hasta que al cerrar la noche, habían elegido algunos para acoplarlos según se les presentasen las cosas.

Zenker se dispuso a levantar el campamento y dirigirse al rancho, pero no quiso llevar con él a su prisionero. Eligió dos de los forajidos y les dijo:

—Os dejo al cuidado de ese sapo para que no le perdáis de vista. Aquí tenéis provisiones y una cantimplora. Agua no os falta por aquí. Podemos tardar un día o dos, o tres según se dé, pero vosotros

continuáis aquí hasta que regresemos. Dar de comer y beber al prisionero, pero sin soltarle las manos y podéis turnaros en la vigilancia durmiendo uno mientras vela el otro.

«Cuidad bien no se escape, pues no sabéis lo que os jugáis si llegase a recobrar la libertad.

Después de estas recomendaciones, que repitió por dos veces, montó a caballo y sin salir a la senda, por caminos extraviados, se dirigieron hacia el rancho.

Nino oyó parte de la conversación y les vio partir a caballo, sufriendo las penas del infierno. Temía que por cualquier circunstancia aquellos bandidos pudiesen triunfar y se sentía impotente para ayudar a Texas y poder comunicarle el peligro a que se hallaba expuesto. Pero una secreta esperanza le animó. El hecho de que solamente hubiesen dejado dos hombres a su cuidado le confortaba. Él era un bruto inocente, un espíritu infantil y un corazón de oro, pero cuando la lucha le excitaba y cuando el peligro rondaba su carne, poseía una intuición maravillosa para idear trucos absurdos, pero a veces factibles de llevar a la práctica contando con su fuerza bárbara y excepcional.

Aquella noche, los dos forajidos velaron a la puerta de la cueva durante casi todo el tiempo, hasta que a altas horas, uno de ellos, viendo que Nino parecía dormir como una marmota a pesar de sus ligaduras y de lo incómodo del lecho, dijo bostezando:

—Podemos ir a dormir uno. Lo echaremos a suertes.

—Vete tú, Ted —replicó el otro—. Yo no tengo mucho sueño, por ahora.

—Como quieras. Voy a tumbarme en aquel claro donde hay muchas hojas de pino. Estaré más cómodo: Cuando te sientas dormir, me llamas.

Y se retiró cansinamente.

Nino no dormía y oyó la conversación, pero no dio muestras de hacer aprecio de ella. Era noche cerrada y el plan que había concebido necesitaba luz para que no le fallase.

Lleno de ansia, esperó a que amaneciera. Si la suerte le ayudaba, quizá pudiese verse libre, aunque el proyecto que había elaborado era de los más descabellados que solían ocurrírsele.

Cuando el reflejo del sol penetraba en la cueva y ésta quedó iluminada suficientemente, Nino estudió el interior y realizando

esfuerzos enormes, se arrastró poco a poco hasta colocarse en un lugar propicio a su idea.

Consistía en situarse frente a una de las paredes con los pies a metro y medio aproximadamente de ella. La pared sería su más formidable aliada y sin su ayuda nada podría hacer.

Cuando creyó encontrarse a su gusto, flexionó las piernas encogiéndolas hasta doblar las rodillas y asentando la planta en tierra, se consideró en condiciones de llevar adelante su plan.

Fingiendo que despertaba, tosió, escupió, lanzó maldiciones a granel por su boca, quejándose de dolores que no le permitían mover un hueso y terminó por suplicar que le diesen agua.

El forajido, cumpliendo la orden que tenía de facilitársela, tomó la cantimplora y acercándose a él, gruñó:

—¡Toma, sapo indecente, y a ver si te ahogas con ella!

Nino bebió con ansia, retirando la boca para respirar, luego pidió más y por fin exclamó compungido:

—Creo yo que me habéis tumbado sobre un canto de punta que se me está clavando en esta nalga… ¿Por qué no haces el favor de sacarlo? ¿No ves que me tiene hasta ladeado?

El forajido no quiso tocarle y para convencerse de si era verdad, se colocó frente a él examinándole en línea recta.

Aquél era el momento esperado por Nino. Súbitamente, con una flexión equivalente a la fuerza de un proyectil saliendo por la boca de un cañón, estiró las dos piernas clavándoselas en el pecho al forajido y lanzándole como un meteoro contra la pared rocosa a un metro de su espalda.

El bandido, sin tiempo a emitir una queja, chocó con tal violencia contra la roca, que sus huesos crujieron siniestramente y su cabeza saltó como machacada por un martillo pilón, cayendo de bruces convertido en una masa.

Nino sonrió ferozmente. Su plan en la primera parte había salido triunfante, ahora necesitaba poder realizar la segunda y tenía que darse prisa antes de que el otro bandido despertase y pudiese entorpecer sus maniobras.

Nino, reciamente liado, sabía que no podía deshacerse de aquellas horribles cuerdas a pesar de haber apelado a toda su energía. Tenía que cortarlas, cosa no muy sencilla, pero cuando concibió su plan, había contado con el agudo cuchillo que el

forajido llevaba a la cintura.

Se arrastró como un reptil hasta el muerto y metiendo la cabeza sobre la doblada cintura, buscó el cuchillo con sus fieros dientes. La maniobra fue brutal; le dolían todas las vértebras del cuello de los esfuerzos, pero el cuchillo era su salvoconducto y tenía que apropiárselo.

Por fin, tras ruda pelea, con el rostro congestionado y sudando copiosamente, logró ver entre sus dientes el arma y entonces la dejó caer a tierra y maniobró para alcanzarla con las puntas de sus dedos, únicas extremidades que podía mover.

Lo atenazó con ansia y apelando a una habilidad propia de un asiático, consiguió levemente ir rozando las cuerdas de sus piernas, hasta cortarlas por dos sitios.

Lo demás lo hizo su enorme fuerza. El resto saltó y se vio libre de los remos posteriores que le dolían como si le hubiesen clavado agujas en ellos por falta de circulación de sangre.

Cuando ésta reaccionó, se puso en pie trabajosamente y con el cuchillo entre los dedos, lo apoyó de canto contra la pared, tan alto como pudo, arrimando su vientre al filo.

Una nueva vuelta de la cuerda fue cortada y como ésta hacía tiro de las de los brazos, con un terrible esfuerzo se aflojaron.

Ya más libre de movimientos, consiguió deshacerse de la totalidad de las ligaduras y un suspiro de satisfacción y de deseo de represalia brotó de su garganta.

Con la vista clavada en la entrada de la gruta por si era sorprendido, se dedicó a frotarse los entumecidos miembros, sufriendo una reacción dolorosa, pero poco a poco fue adquiriendo vigor y movimiento, hasta que pudo valerse de ellos regularmente.

Entonces despojó al muerto de su revólver y sus municiones y repasando el arma para que no le fallase, esperó el momento de entendérselas con el otro guardián.

Como tardara en aparecer, decidió salir en su busca. Había indicado dónde pensaba dormir y a menos que estuviese despierto y le descubriese al avanzar, estaba seguro de procurarle un despertar bastante trágico.

Pero la suerte estaba de su parte. Avanzando levemente, alcanzó el seto llegando hasta el forajido que dormía confiadamente.

Nino, sonriendo con ferocidad, se sentó a su lado y aplicándole

el cañón del revólver a la sien, dijo:

—¡Eh, tú, alimaña!, despierta, que tenemos que charlar un ratito, o así creo yo.

El forajido abrió los ojos asombrado, y al contemplar la sonriente faz de Nino, contrajo su boca con una mueca horrible y los ojos se le dilataron hasta el punto de dar la sensación de que se le iban a salir de su encajonamiento.

Nino, siempre sonriente, exclamó:

—¿Qué es eso, maldito pringao, así reviente Sonora? ¿No eras tú uno de esos valientes que presumíais porque me habíais enlazao como a una res o así? Tú fuiste, cochino pelao el que me echaste el lazo…, pero ahora te voy a demostrar cómo yo lo sé manejar mejor que tú.

El bandido, con voz que era un hilo, suplicó:

—¡Por favor, déjame y te prometo no perseguirte!

—Si te saco del río me perdonas la vida, ¿no es así? Bueno, pues no la quiero. Levántate, tiñoso, ¡maldita sea Jalisco!, que te voy a clavar en la tierra de un puñetazo.

Le arrancó el revólver de un tirón y le obligó a ponerse en pie. El forajido miró con angustia hacia la cueva y Nino advirtió irónicamente:

—No; no te molestas, que tu compañero se ha excusado ya de poderte acompañar. Padece el pobre un dolor de cabeza o así, que anda buscando los sesos por la cueva y me parece que no los va a encontrar creo yo. El bandido se dio cuenta del significado de tales palabras, y sabiéndose perdido, quiso intentar algo para salvarse. Como un corzo emprendió feroz huida, pero Nino, sin alterarse, disparó sobre él, hiriéndole en una pierna. Su enemigo cayó a tierra, blasfemando, y Nino advirtió:

—No creas que te he dado en la pierna por casualidad, ¡maldita sea Jalisco! Yo sé tirar un poquito mejor. Lo he hecho así, porque te reservo otras cosas Más agradables, pringao indecente.

Mientras el herido se retorcía, penetró en la cueva y recogió los trozos de sus ligaduras, empalmándolos diestramente. Luego trabó brazos y piernas al herido y dejó un buen trozo de cuerda colgando de la ligadura de los pies.

Ya tranquilo, le arrebató las municiones que guardó junto con las otras. Ahora poseía dos revólveres y carga para tomar toda la

frontera de Méjico, si se lo proponía.

Rebuscó por los matorrales, hasta descubrir la calesa y los caballos que estaban ocultos en una hondonada, y uniéndoles al coche se dispuso a partir.

Llevó el carruaje a la senda, deteniéndolo junto al forajido, y exclamó:

—Bueno, pelao, creo yo que ha llegado el último número o así. Te prometo una bonita diversión para que se la cuentes a tu amigo el diablo, cuando vayas a reunirte con él.

Ató el trozo de cuerda a la trasera del carruaje, subió al pescante y empuñando las riendas gritó:

—¡Adelante, palomos, que llevamos mucha carga!

El carruaje arrancó velozmente, al tiempo que el bandido lanzaba un grito, el último de su vida, porque el cuerpo rebotó por la senda, destrozándose poco a poco en el terrible viaje.

CAPÍTULO VIII

NINO SE DIVIERTE

NINO caminó por la senda polvorienta, canturreando a media voz una tonada popular. Estaba muy alegre; ya no le dolían los huesos ni las articulaciones y solamente sentía el ansia infinita de poder apurar una botella de *whisky*, para calmar su sed y celebrar el triunfo.

De repente se acordó de la piltrafa que llevaba a la zaga y detuvo el carruaje. Lo que fue su enemigo se había convertido en pingajo repugnante, cubierto por el polvo, que removía el estómago.

—¡Repinto! —exclamó Nino—. Yo creí que este bicho tenía los huesos más duros… Creo que los buitres lo encontrarán ya sazonado y a su gusto o así.

Cortó la cuerda, lo arrastró hasta un socavón y lo arrojó al fondo, reanudando la marcha.

Cuando por fin, mediado el día, se acercaba al rancho, se detuvo. No tenía idea de darse a ver en él, sino de seguir la pista al resto de la cuadrilla, con ánimo de capturar a Zenker y cobrarse en él lo que había sufrido por su causa, y metiendo el carruaje entre la arboleda, buscó un sitio donde ocultarlo y eligiendo los lugares más espesos avanzó hasta detenerse a una distancia prudencial.

La luz del día era un mal enemigo y necesitaba de la noche para realizar una descubierta, acercándose hasta las proximidades del rancho.

Descabezó el sueño hasta ya entrada la noche, y entonces se puso en campaña.

Diestro en el rastreo, sabía moverse como los indios, a pesar de su corpulencia. Texas le había enseñado aquel difícil arte con suma paciencia y el mejicano terminó por asimilárselo completamente.

Buscando los árboles más corpulentos y los lugares más tupidos de vegetación, avanzó dando un rodeo. Los taludes a espaldas del rancho, eran el lugar más indicado para que se emboscasen los forajidos y allí tenía que buscarles si no habían intentado aún el golpe.

Avanzaba entre las tinieblas que los árboles extendían sobre el terreno, cuando a través de un claro de los helechos descubrió un punto rojizo que le detuvo. Se trataba de la encendida punta de un cigarro, y sonriendo expresivamente murmuró:

—¡Bueno va, manito! Ese pringao se ha jugao el gañote creo yo, a cambio de dos chupadas. Que me claven a los cuernos de una vaca si ese no es el última sigarro o así que se fuma.

Se pegó a la tierra, y avanzando centímetro a centímetro, como un reptil, se fue acercando al lugar donde el vigilante, sentado sobre una piedra, fumaba plácidamente, sin sospechar el peligro.

Nino se situó a su espalda, luego se incorporó a medias y, más tarde, saltó como un tigre. El forajido sintió que una horrible tenaza le aprisionaba del cuello, obligándole a soltar el cigarro, y poco después se veía suspendido en el aire y pataleando falto de respiración.

El mejicano se apartó de aquel lugar sin hacer ruido, y cuando estuvo lejos, soltó su presa diciendo:

—Vamos a charlar un ratito o así, sapo bilioso. ¿Qué hacías ahí tomando el fresco con lo insano que es de noche?

El bandido rezongó algo inteligible y miró con espanto a Nino. A pesar de la poca luz le había reconocido y un temblor convulso agitaba su cuerpo.

—¿Ves, pelao, cómo el relente te sienta mal? Estás temblando pichoncito mío, pero supongo yo que podrás hablar o así… ¿Dónde está ese pringao a quien servís?

El bandido, creyendo que si hablaba podría salvar su vida, balbució:

—Iban a escurrirse por las grietas del talud para penetrar en el rancho. Hace mucho que se fueron.

—¿Quién más hay por aquí? Di la verdad, porque si intentas engañarme, te arranco el corazón y te lo pongo de mordaza, me parece a mí.

—Hay otro en aquel lado, detrás de unas piedras. Los demás se fueron con el jefe.

—Bien. Voy a ver si es cierto.

Con un trozo de cuerda que había conservado le trabó, amordazándole con su propio pañuelo, y lo dejó tirado en tierra, dirigiéndose al lugar indicado.

No tardó en localizar al segundo vigilante. Estaba apoyado en un árbol, de espaldas a Nino, y éste, comprendiendo que no podría atenazarle por el cuello como al otro, porque se lo impedía el árbol que le protegía, sacó el cuchillo y de un salto cayó sobre él, clavándoselo en un costado.

El rufián emitió un gruñido impresionante y cayó a un lado del árbol. Nino limpió el cuchillo en su ropa, lo guardó y arrastró al caído, escondiéndolo entre unos helechos. Luego, teniendo libre el camino de espías, avanzo hacia la parte accidentada que conducía hacia el pequeño talud, a cuyo amparo se levantaba el rancho.

Buscaba las zonas de sombra, los árboles gruesos, los matojos crecidos, medio arrastrándose, con los revólveres prestos a vomitar la muerte, y así, dando un pequeño rodeo, se fue acercando hasta captar un rumor de voces no muy separadas de él.

Ahora los bandidos no se hallaban aislados. De no haber aumentado, quedaban seis y Zenker, y este número no impresionó a Nino, quien desdeñaba pelear con cantidades inferiores a aquella.

Avanzaba con precaución para acercarse lo más posible, cuando su pie pisó algo blando que rebulló debajo y se escurrió de ellos. Nino masculló una maldición y el objeto, que acaso fuese una ardilla o un conejo, sorprendido en pleno sueño, huyó despavorido, produciendo un roce alarmante entre las secas hierbas.

Los que hablaban cesaron en su conversación, y uno exclamó:

—¡Cuidado!… Alguien anda por ahí…

Silbó de una manera especial y avanzó con un revólver en la

mano.

A través de los matojos en que se amparaba Mendoza, descubrió en el que avanzaba a su compatriota, el gigante. González, y sin detenerse a pensarlo, apuntó entre el boscaje y disparó.

El mejicano acusó el impacto, pero contestó guiándose por la detonación, y Nino, que se había arrojado a tierra inmediatamente, repitió el disparo cuando su enemigo, impetuoso, avanzaba con rabia buscándole.

González cayó a tierra, pero aún tuvo tiempo de descargar su revólver, rasando el suelo. Fue un milagro que las balas silbasen junto a la cabeza de Nino, protegiéndole un pedrusco que se interpuso ante los proyectiles.

De ambos lados contestaron al azar. Gritos de rabia infinita habían acogido las detonaciones que venían a perturbar la maniobra que se llevaba a efecto, y rabiosos, buscaban al inoportuno para dar fin de él.

Pero Mendoza, agazapado, esperaba. No había localizado al resto de sus enemigos y no quería exponerse neciamente, y su oído, atento, vigilaba todo rumor que pudiera producirse.

Por fin alguien llamó a González por lo bajo. Nino se guio por la voz y disparó, saltando inmediatamente a dos metros de distancia. El fogonazo ilustró a sus enemigos y varias detonaciones vibraron, yendo los proyectiles a clavarse en la tierra, donde segundos, antes se protegía.

Pero le habían facilitado una referencia para disparar sobre seguro y lo hizo. Un grito ronco le dijo que había vuelto a hacer blanco, con lo cual solamente quedaban cerca de él cuatro forajidos.

Éstos, alocados viéndose descubiertos, disparaban rabiosamente, buscando a su invisible enemigo, mientras Nino, escurriéndose de un lado para otro, disparaba guiándose por los fogonazos, pero observaba que éstos parecían alejarse insensiblemente.

De súbito cesaron, y Nino quedó con el oído tenso. Acaso habían cambiado de táctica y ahora se dedicaban a buscarle en silencio, tratando de acorralarle.

Durante algunos minutos permaneció tenso, escuchando con avidez, hasta que, súbitamente, captó el galope de caballos que se alejaban raudamente. Rabioso y sin mostrar prudencia alguna abandonó su refugio entre los helechos y avanzó. Nadie salió a su

paso ni vibró detonación alguna. Mendoza emitió un terrible juramento. Él no tenía caballo para organizar la persecución y se veía obligado a permanecer allí, mientras los supervivientes de la lucha huían sin ser acosados.

Iracundo avanzó, dirigiéndose hacia el borde del talud para echar un vistazo hacia el rancho. En éste tenían que haber captado los disparos y quizá se dispusiesen a dar una batida, cosa que constituiría un peligro para él en aquella obscuridad.

Cuando se acercaba al borde del talud, quedó sorprendido. Una cabeza asomó por él y unos dedos se engarfiaron a la tierra para saltar.

Nino, sin pensar contra quien lo hacía, disparó. La cabeza desapareció, al tiempo que estallaba un grito de agonía, y ya no vio más.

Cuando se asomó por fin, con el revólver empuñado, descubrió debajo de él las luces del rancho y varios individuos que agitaban ramas resinosas encendidas, al tiempo que algunos jinetes montaban a caballo.

Nino se inclinó sobre el reborde, gritando virilmente:

—¡Manito Texas!… ¡Manito Texas!

Un grito le respondió, y luego, la voz sonora de Jim llamó:

—¡Nino!… ¡Por Judas!… ¿Dónde estás?

—Aquí arriba en el talud, creo yo, manito… ¿No me ves?

—¡El diablo que te vea, bandido! ¿Qué sucede?

—Ya nada, manito… Volaron como palomitas… Ahorita mismo bajo, manito.

Un cuarto de hora más tarde aparecía en la pradera, a la que Texas, nervioso e impaciente, había salido a esperarle.

Extrañadísimo de verle tan pronto de regreso y sobre todo metido en aquel jaleo de tiros, le tomó por un brazo, preguntando:

—¿Qué diablos ha sido eso, Nino? ¡Habla! ¿Cómo estás aquí cuando te creía en Washington?

—¡Oh, pues mira, manito, estoy bastante bien para cómo podía estar! Esos pringaos me tendieron una trampa o así en el camino y… ¡Maldita sea Sonora!, en mi vida las pasé más negras, creo yo, que las que he pasado.

El mejicano, con su estilo pintoresco, dio cuenta a Texas de todo lo ocurrido y Jim se maravilló de la audacia y recursos de su fiel

ayudante para salir de situaciones tan trágicas como aquella.

Cuando supo que había tenido tan cerca, a Zenker, quiso montar a caballo con algunos peones del equipo, pero Nino le disuadió diciendo:

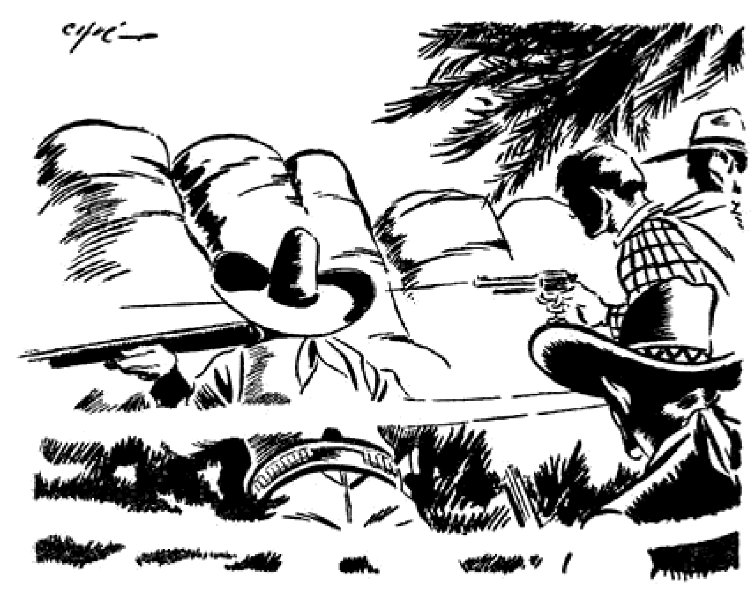
—No te molestes, caramba, cuando quieras encontrar la carroña esa, creo yo que estará lejos. De noche no es posible encontrar la pista, ¡maldita sea Jalisco!

Varios peones se acercaron dando voces y portando algo como un saco. Cuando Texas se acercó, descubrió que era un cadáver.

—¿De dónde habéis sacado eso? —preguntó extrañado.

—Lo encontramos al pie del talud. Tiene un bonito tiro en la frente.

—¡Oh, sí! —advirtió Nino—. Creo yo que fue una caricia que le hice cuando subía o así. Debió bajar por el talud con ánimo de penetrar en el rancho.



De ambos lados contestaron...

Pasada la primera impresión, se montó un fuerte servicio de vigilancia en evitación de una nueva sorpresa, y Texas invitó a Nino a relatar ampliamente su aventura delante de él y de Kildar.

Texas, que le había escuchado con suma atención, preguntó

excitado:

—¿Dices que Zenker afirmó que Stella se encuentra en las proximidades de Austin?

—Eso me dijo el pringao, creyendo que no iba a poder escapar de sus manos.

—Bien, tengo que estudiar si me adelanto a él y vuelvo a Austin, pero de momento voy a intentar algo para rescatarla. En cuanto sea de día telegrafiaré desde el poblado al gobernador de Austin y al capitán de los batidores, para que la busquen por todos los medios. Telegrafiaré también al secretario de Estado para que les acucie a movilizar todos sus recursos. Espero que no se pueda mover una hoja de árbol allí, sin que lo controle la policía. Me parece que Zenker ha cometido una imperdonable torpeza yéndose de la lengua contigo.

Poco más tarde amanecía, y Nino, acompañado de algunos hombres del rancho, dieron una batida por los desmontes y el boscaje, descubriendo cuatro cadáveres entre los helechos. También encontraron el calesín donde Nino lo había dejado oculto, pero no al que dejó atado.

Nino se hallaba muy satisfecho del resultado de su actuación. El volteo a lazo que le habían dado por primera vez en su vida, había costado siete muertos a sus enemigos y el gigante mejicano repasaba atentamente sus revólveres, mirándoles con tanta insistencia, que el capataz del rancho preguntó:

—¿Qué les pasa a sus juguetes, amigo? ¿Acaso han reventado de tanto escupir plomo?

—¿Que va, manito? —replicó—. Es que, ¡maldita sea Guadalajara!, ya no sé dónde pintar más muescas en estos cacharros. Voy a tener que poner el cañón a un árbol o así, para conseguir llevando la lista.

Y suspirando con disgusto montó en el calesín, y lo trasladó al rancho en espera de mejor ocasión para devolverlo a los alquiladores.

Cuando se hizo de día, Texas montó a caballo y se dirigió a Ataflord, cursando sendos telegramas a Austin y Washington pidiendo ayuda.

Aquella noche misma recibió las respuestas. El gobernador y el jefe de los «rangers» prometían remover la región en busca de la

muchacha, y Snok, le aseguraba que excitaba el celo de dichas autoridades para que, a costa de lo que fuese preciso, se lograse descubrir el escondite donde se encontraba Stella.

Texas quedó tranquilo de momento. Tenía confianza en la actuación de dichas autoridades y, por su parte, a tan larga distancia, no podía hacer nada sin perder algunos días en el viaje y en iniciar unas gestiones que acaso fuesen tardías.

Por otra parte, no se atrevía a ausentarse y dejar a Vera a merced de un tercero, aunque éste fuese Nino. No desdeñaba el tesón de su terrible enemigo y le sabía capaz de apelar a muchos trucos, alguno de los cuales podía salirle bien cuando menos se sospechara.

Si se descubría rápidamente a Stella, la haría venir al rancho bien escoltada y allí dilucidaría con Vera el asunto de la herencia, sin cuyo saldo la hija del financiero no saldría de sus manos.

Luego la pondría en libertad, aunque sabía que constituiría un peligro para él, pero era incapaz de matar a una mujer si no era en un momento de crisis de nervios muy justificada y, por otra parte, sabía que Vera, aunque mala, no era tan temible si lograba capturar a Zenker. Éste era el eje de la situación y contra él tenía que dirigir la lucha. Después de eliminado, Vera tendría que resignarse a declararse vencida y a vivir su propia vida en un marco estrecho, que ya no podría inquietar a Texas.

Y dominado por la angustia, se dedicó a esperar alguna noticia que le diese la pauta de lo que debía hacer.

Aquel día visitó a Vera para darle cuenta del nuevo fracaso de Zenker. La joven ya lo había adivinado al captar el tiroteo de la noche, y sin dar a conocer la rabia que le había producido la noticia, exclamó:

—Bien, no puedo hacer más que lamentarlo. Este es un juego en el que unos ganan unas bazas y otros, otras. Algún día nos tocará a nosotros.

—No lo discuto, pero… cuando llegue ese día, habrán perdido tanto, que no les compensarán. Prepárese a recibir una nueva sorpresa.

—¿Cuál? —preguntó ella palideciendo.

—Ya se lo diré dentro de poco. Será algo desagradable para usted, que le hará perder la fe en su futuro y tenaz esposo. No creo

que consiga ganar su corazón por méritos.

Vera, señalando la puerta, rugió:

—¡Márchese!… Le prohíbo que siga tocando ese resorte de tan mal gusto. Admito que nuestra lucha es dura y que cada cual apele a las armas de la fuerza y de la astucia para vencer, pero es muy bajo mezclar los sentimientos de la gente en ello.

—¿Acaso no los ha mezclado usted la primera? —repuso Texas con acento cortante—. Usted me ha acusado de pretender apoderarme de los millones de su prima, haciéndola el amor por ellos. Se ha olvidado usted que la fortuna de ella, por grande que sea, no sirve para pagar un año a los peones que tengo a mis órdenes.

Y mirándola con desprecio, abandonó la estancia, rabioso al verse obligado a pensar en Stella, envuelta en aquel motivo amoroso que tanto pretendía alejar de su pensamiento.

CAPÍTULO IX

El rescate

ZENKER, desesperado ante el nuevo fracaso de sus hombres, tuvo que apelar a la fuga antes de verse expuesto a dar nuevamente en manos de su enemigo. No se explicaba qué pudo haber para que el terrible mejicano recobrase la libertad, pero había adivinado que sólo éste podía ser el autor de aquella hecatombe, que por horas frustró sus bien complicados planes.

Antes de que el mejicano se presentase de manera tan inopinada, ya había hecho explorar la parte trasera del rancho, descendiendo por el talud. Éste se prestaba a que un hombre ágil se deslizase por sus innumerables grietas y los informes que había obtenido en su primer viaje de descenso, indicaban que se podía penetrar por la parte trasera sin grandes obstáculos.

Su plan era hacerlo así, ganar el piso superior, descubrir la estancia donde Vera se hallaba recluida y ponerle a salvo. Luego, ya estudiaría si debía atacar el rancho o limitarse de momento a huir con su amada, para más tarde dedicar todas sus actividades a sorprender a Texas.

Pero cuando ya uno de sus hombres había iniciado la bajada y cuatro se disponían a seguirle, estalló el primer disparo que debía

poner en conmoción a todo el rancho y rabiosamente tuvo que desistir para atender a su defensa.

Loco de furor, montó a caballo y seguido de los pocos supervivientes que le quedaban, emprendió vertiginosa fuga. Si a Nino se unían los peones del rancho, la batalla iba a resultar muy desigual y caería en manos de su mortal enemigo sin remedio.

En la obscuridad de la noche, Zenker se desligó de sus secuaces. Si no habían servido entre tantos para llevar adelante sus planes, que el demonio cargase con ellos y les abonase unos honorarios tan mal ganados.

Zenker, por lugares extraviados, dio una gran vuelta y se alejó hacia el Sur en lugar de subir hacia el Norte ante el temor de que tratasen de perseguirle.

En Doswell dejó el caballo en una posada y tomó el tren de la línea «R. F. Pacific», que iba directa a Alexandria y de allí a Wáshington.

Su llegada a la casita de la orilla del río fue trágica. Spack, que se había pasado el tiempo contando los minutos, lleno de angustia, estalló en furor al conocer el fracaso de Zenker y recobrando las energías perdidas, exclamó:

—Zenker, no le perdono a usted este tropiezo. Me está demostrando que es un excelente general planeando batallas, pero que luego las pierde todas por no saber conducir sus tropas.

El secretario se tragó la reprimenda excusándose:

—Yo no puedo responder de lo que los demás hagan mientras no estoy presente. ¿Pude figurarme que aquel par de imbéciles dejasen escapar al mejicano, amarrado como una res sin medio de defenderse? No podía dejar más hombres a su cuidado, pues me hubiese quedado sin gente para intentar el rescate de su hija.

—Lo que no debió usted dejar fue con vida a ese mastodonte. ¿De cuándo confiaba usted en que Texas lo iba a cambiar por Vera? A él sólo le interesa Stella y su herencia y lo demás no cuenta.

—Bien, el caso es que todo ha fracasado y que hay que hacer algo.

—Sí, hay que hacer algo. Estoy dispuesto incluso a resucitar para el mundo con tal de rescatar a mi hija. Yo voy a tomar el asunto bajo mi mano. Siéntese y escriba.

Zenker, dominado por el financiero, se sentó ante una mesa y al

dictado escribió:

«Texas:

«Estoy dispuesto a llegar a un arreglo con usted referente al cambio de Stella por Vera. No cuente con rescatar a la primera sin entregarme la segunda, pues no sabrá nunca dónde la tengo. Propóngame algo que me garantice la devolución de Vera, siempre que el cambio se haga de mano a mano y no teniendo yo que entregar a una para acaso no recibir a la otra.

«Espero sus noticias, pudiendo escribirme a la villa de Vera.

Zenker.»

Éste miró al financiero como si dudara de su buen juicio y exclamo.

—¿Se dará usted cuenta de lo que puede suceder al indicarle que espero aquí su contestación?

—Sí, que venga en persona a buscarle a usted.

—Justamente.

—Que es precisamente lo que yo deseo. Quiero que vuelva a pisar esta casa para que no salga vivo de ella, aunque venga acompañado de todo un ejército.

—Bien, si es así, nada tengo que objetar. Ojalá acierte usted y el milagro se realice.

—Tome, envíe esa carta al rancho con alguien que no pueda facilitarle ningún informe. Creo que sabrá hacerlo usted.

Zenker rechinó los dientes de ira. Le estaba tratando demasiado

duramente, sin tener en cuenta las veces que se había jugado la vida por él y por su hija.

Cuando iba a salir, preguntó:

—¿Y de Stella, qué hacemos? Hemos abandonado su custodia.

—Mientras yo me entiendo con Texas, usted va a partir para Austin y se la va a traer aquí como mejor pueda. Eso lo dejo a su discreción, pero usted la traerá.

—Está bien. Le dejo la dirección del asunto y espero que no siempre fracase yo en nombre de todos.

Y abandonó la estancia, corroído por la furia.

Al día siguiente, tomaba el tren para Austin, bien ajeno a que allí le estaban aguardando sorpresas que elevarían su rabia hasta lo infinito.

* * *

Apenas habían transcurrido veinticuatro horas desde que Texas había telegrafiado a Austin, cuando con la más exaltada alegría recibió un telegrama firmado por el capitán de los «rangers», el cual le comunicaba que sus hombre habían descubierto a la muchacha en una cabaña de leñadores en un bosque de Elguin, a unas veinte millas de la capital.

Con ella habían sido capturados tres indeseables que la custodiaban y pedían a Texas instrucciones, pues Stella se hallaba depositada en casa del propio capitán a su disposición.

Texas, nervioso de regocijo, consultó el mapa y cursó un telegrama urgente que decía:

«Capitán Jack Lowe.

«Cuartel de Policía, Austin.

«Agradecidísimo hasta lo infinito por su diligencia y gran servicio prestado. Ruégole la envíe bien custodiada hasta el mismo Memphis, donde saldré a recogerla. Quedo a

la recíproca por si en algo puedo serle útil alguna vez.

Jim Texas.»

Inmediatamente dispuso lo necesario y tomando el tren partió para la divisoria de Tenessee y Arkansas, no sin antes advertir:

—Vigilen bien a Vera por lo que más quieran. La necesito como nunca, para dejar ultimado este asunto. Más adelante la soltaré, pero cuando haya restituido la herencia de su prima.

Al día siguiente de su marcha, un jinete se detuvo a la puerta del rancho y entregando una carta al peón que oficiaba de cocinero, dijo:

—Tome, para que se la entregue al capitán Texas. Es muy urgente.

El peón iba a advertir que Texas estaba ausente, pero el peón, sin esperar respuesta, picó espuelas y partió al galope cumpliendo instrucciones que había recibido. Por esta causa, Spack iba a tener que armarse de mucha paciencia si quería esperar a que Jim picase o no picase en el anzuelo que le había tendido, pues cuando la carta surtiese efectos, habrían sucedido muchas cosas que el financiero estaba muy lejos de sospechar.

Dos días más tarde, Jim, embargado de un extraño nerviosismo que jamás había sentido, ni aun en los momentos más dramáticos de su existencia, llegaba a Memphis visitando al jefe de estación para inquirir de él alguna noticia de Stella, pues suponía que si había llegado los policías que la custodiaban, habrían hecho alguna gestión para localizarle.

El jefe, al reconocer su identidad, le entregó un telegrama que retenía para él. Lo firmaba el capitán de los «rangers» y advertía en él que Stella llegaría acompañada de cuatro batidores al día siguiente por la mañana.

Jim tuvo que contener su impaciencia, perdiendo las horas que faltaban en recorrer la población y, por fin, a la mañana siguiente, mucho antes de que el tren llegase a la capital, ya se encontraba en el andén esperando el convoy.

Éste llegó con sólo cinco minutos de retraso y cuando ansioso

recorría con la vista los vagones buscando el que traía a la joven, distinguió a ésta asomada a una de las ventanillas agitando vivamente un blanco pañuelo. Texas, como un colegial, corrió hacia el vagón, gritando:

—¡Stella!

La muchacha, con el rostro arrebolado y dos lágrimas de emoción en los ojos, saltó ágilmente del vagón y abrazándose a Jim convulsamente, rompió a llorar, gimiendo:

—¡Oh, Jim, qué alegría!… ¡Creí que ya nunca más iba a volver a verle!

Texas temblaba de emoción y de alegría. El suave contacto del cabello de la muchacha rozando sus atezadas mejillas, el jadear de su pecho contra el suyo, el dulce roce de sus manos blancas y delicadas apoyadas en su cuello, el aliento cálido y enervador de su boca, eran algo delicioso y jamás sentido, que estuvieron a punto de vencerle correspondiendo al abrazo con otro salido del fondo de su alma, pero con un poderoso esfuerzo se serenó y tratando de apartarla con dulzura, dijo:

—¿Por qué no, Stella? Yo no he descansado un momento buscándola.

—¡Oh, lo sé… lo sabía sin saberlo! Tenía confianza en usted, pero… aquellos forajidos me amenazaron horriblemente… Tenían proyectado arrojarme al río con una piedra atada al cuello y dentro de un saco. Sólo esperaban una orden para hacerlo. ¡Lo que me han hecho sufrir, Jim!

—Bien, olvídelo ya, y sepa que otros están sufriendo por usted… Sé lo que pretendían, pero mientras lograba localizarle, detuve el terrible golpe. Me apoderé de Vera y su vida respondía de la suya.

Stella, al oírle, se desprendió de sus brazos temblando y musitó:

—¡Dios!… ¿Ha hecho usted eso?

—Ya tendrá ocasión de comprobarlo. Ahora déjeme que salude a esos buenos mozos que le han protegido y que les de las gracias por su intervención.

Estrechó la mano de los «rangers» y conversó brevemente con el sargento que los mandaba. Éste le dio algunos detalles del descubrimiento de la choza y de la detención de los tres indeseables que fueron sorprendidos antes de poder ponerse a la defensiva. También advirtió que en previsión de que alguien más pudiese

aparecer por allí, había sido montada una guardia que rondaba los alrededores, mientras dos «rangers» permanecían dentro, de la choza.



—Y usted un ángel que cayó...

—¡Magnífico! —Exclamó Texas—. ¡Quién sabe si el truco dará fruto! Que no dejen escapar al que se acerque si se acerca alguien. Bueno estaría que Zenker, en vista de su fracaso, pretendiese sacar de allí a la joven. Avísenme si es detenido alguien más, para trasladarme inmediatamente a Austin. Quizá sea éste el principio del fin. Texas invitó a almorzar a los «rangers» y por la tarde, éstos regresaron a Austin, mientras ya de noche, Jim y Stella tomaban un nuevo convoy que les conducía hacia Virginia.

La joven, ansiosa de noticias, pidió detalles de todo lo sucedido, pero Texas la obligó antes a contar su odisea, que en nada difería a lo que le relatara su amigo cuando le dio cuenta del rapto.

A caballo, bien atada y amordazada, la habían sacado de Austin llevándola por lugares extraviados a la choza levantada en lo intrincado de un bosque y el que capitaneaba el grupo, se había complacido en amenazarla terriblemente haciéndola pasar ratos horribles.

—Bien, ya se los haremos pasar a él, no se preocupe.

Luego, para calmar la impaciencia de la muchacha, relató sus aventuras y las de Nino, y Stella le escuchaba con el alma pendiente de sus palabras.

Luego, en una explosión de reconocimiento, exclamó:

—¡Cuántos peligros y malos ratos están ustedes pasando por mí! No sé cómo podré pagar en la vida tamaños favores… ¡Muchas veces, me he preguntado qué sería de mí sin la suerte de haber caído bajo su protección!

—No se preocupe por eso. Esto está a punto de terminar. Obligaré a Vera a hacer la restitución y luego…

—¡Oh, luego no olvide su promesa, Jim! ¡Lléveme a California a sus posesiones, junto a usted, al lado de Nino, ese gigante tan fiero y tan bueno! No estaré tranquila si no estoy a su lado siempre. ¡Creo que me moriré de tristeza si usted me rechaza de su lado!

Jim tuvo en la punta de la lengua una palabra. Una sola que hubiese calmado sus preocupaciones y hubiese hecho de Stella la más feliz de las mujeres, pero algo que no supo explicarse, cortó aquella palabra trocándola por otra más trivial:

—Bien, no se inquiete. Irá usted allí y estará mientras quiera estar allí.

—¡Que será toda mi vida! —dijo ella con vehemencia.

Luego, volviendo a la realidad, añadió:

—¿Dónde me lleva ahora, Jim?

A Ataflord, Virginia. En la pradera hay un rancho de un amigo mío, donde se repondrá de tanta emoción. Allí está Vera.

—Y… ¿tendré que verla?

—Pues claro que tendrá que verla. Es necesario para que se convenza de que nada puede esperar ya de Zenker y claudique, aceptando mis condiciones. Tiene que hacer una restitución completa de sus bienes.

—¡Oh!… ¡Siento una terrible angustia al pensar que tendré que volver a enfrentarme con ella!

—¿Por qué? ¡Cualquiera diría que es usted y no su prima la que ha procedido de modo tan canallesco!

—Claro que no, pero no soy de las que gozan humillando a nadie. Quisiera evitarme esta entrevista penosa.

—Ni lo piense, Stella. Su prima debe sufrir lo que se merece y nada me detendrá para conseguirlo.

—¡Es usted un demonio de la tierra!

—Y usted un ángel que cayó equivocadamente en ella.

Durante el viaje, discutieron mucho este asunto, pero Jim se mostró inflexible y ella tuvo que resignarse.

En medio de sus angustias, una ola de felicidad le embargaba. Estaba libre de sus enemigos y junto al hombre que sin él ni ella pretenderlo, estaba constituyendo todo en su vida.

Dos días más tarde, se apeaban en la estación de Ataflord, donde no eran esperados, pues Texas no había comunicado su llegada.

Como la distancia hasta el rancho realmente no era agobiadora, la hicieron a pie gozando de la caricia de un sol fuerte entibiado por una fresca brisa que venía del bosque y las montañas y cuando se acercaban a la hacienda, una figura voluminosa que les había descubierto, avanzó como un enorme bloque de piedra corriendo a su encuentro.

—¡Por los cuernos del demonio!… ¡Maldita sea Sonora!… Pero… ¡si es la señorita Stella! —gritó Nino.

Ésta, emocionada, le echó los brazos al cuello, dándole un beso en las atezadas mejillas y Nino, mirando de reojo a Texas para comprobar el efecto que a éste le hacía aquel beso espontáneo, masculló:

—¡Bueno va, señorita Stella, maldita sea Jalisco! Creo que se equivoca usted… Yo no soy…

Texas adivinó lo que iba a decir y acercándose, le aplicó debajo de la espalda la punta de su pesada bota, exclamando:

—¡Cállate, pedazo de bestia, maldita sea todo Méjico a un tiempo! Cada vez que abres la boca es para decir alguna sandez.

Nino se rascó la parte dolorida y torvamente farfulló:

—Bueno, manito, pero esta patada, esta patada te la debía devolver por idiota.

Stella intervino para calmar al mejicano y avanzaron hacia el rancho, del que ya Kildar salía a recibir a los viajeros.

—¡Bravo, Texas! —exclamó—. Veo que ha triunfado en toda la línea… La cosa bien merecía la pena y si yo hubiese estado en su pellejo de usted, habría hecho lo mismo o más por ella.

Texas, ruborizándose, exclamó:

—Gracias, Tildar, en mi nombre y en el de Stella. ¿Vamos para adentro? ¿Qué tal se ha portado la prisionera?

—Bien. Está muy preocupada por su ausencia y no hace más que preguntar por usted. Le intriga no verle.

—Pues ahora tendrá noticias mías que le sabrán a acíbar. Valor, Stella. Los malos tragos cuanto antes se tomen, mejor.

Y asiéndola de la mano, la condujo a la habitación ocupada por su prima.

CAPÍTULO X

Texas gana la última baza

CUANDO STELLA, pálida y azorada, penetró en la estancia, empujada por Texas, se enfrentó con su prima, quien, de pie, con los ojos despidiendo chispas, pues la había visto llegar a través de la ventana, se dirigió a ella, rugiendo:

—¿También tú, asquerosa desagradecida, vienes a burlarte de mí y a gozarte en mis desgracias?

Stella, asustada, balbució:

—Pero, Vera, si yo… yo… no quería… verte… comprendía…

—Tú no comprendes nada. Tú eres una ambiciosa y una desagradecida. Te han llenado la cabeza de cuentos y los has creído… ¿Qué quieres de mí? ¿Reírte al verme condenada a sufrir los insultos de tu chacal?

Texas cortó la verborrea de Vera, diciendo fríamente:

—Su prima sólo quiere una cosa, porque la quiero yo en su nombre. Quiere que le sea restituido su patrimonio.

—Lo desconozco —gritó Vera—. Su padre no tenía un dólar

Stella, dolorida, se irguió diciendo:

—Mientes y lo sabes. Mi padre tenía dinero y una mina de oro que descubrió. Vosotros os apropiasteis de ella. Sois unos egoístas y

unos embusteros al negar eso.

—Quién miente eres tú —clamó Vera.

Texas, rabioso, se interpuso exclamando:

—Escúcheme, Vera. Usted ya debe haber aprendido a conocerme y sabe que no amenazo en vano. Le doy de plazo hasta mañana para decidir. Si se niega a la restitución, escuche esto: Presentaré una denuncia en regla, acusándole de robo y malversación de depósito, puesto que es usted la heredera de su padre y haré intervenir todo su caudal y practicar una investigación; registraré hasta los cimientos de su casa para encontrar documentos que me sirvan para el caso, acusaré a Zenker y a usted, no sólo del expolio, sino del rapto y de otros crímenes y latrocinios y haré intervenir hasta al Gobierno. Ha juzgado usted muy mal la fuerza de que dispongo y va a sentirla con todo su peso.

Ahora bien, todo esto lo haré teniéndola a usted aquí retenida, tanto si dura meses como años y al final, tendrá usted que hacer la restitución, saberse en la picota pública perdido el crédito de sus negocios y acaso salga de aquí para ingresar en una verdadera cárcel.

Vera le oía sintiendo una angustia terrible en el alma. La amenaza de registrar la casa le aplanó. Si lo hacía bien acompañado, corría el peligro de que su padre fuese descubierto y ante esta posibilidad, toda su energía se desplomaba haciéndola vacilar.

Texas lo adivinó y tomando del brazo a Stella, dijo:

—Vámonos. Déjala que madure la proposición.

Cuando salieron, Kildar le llamó:

—Tome, Texas, lo había olvidado. Trajeron esta carta para usted.

Texas la leyó soltando una carcajada:

—¡Bravo!… Zenker es listo, ¡por el infierno! Me brinda un canje que no está seguro de poder hacer y me invita a escribirle a casa de Vera, que es tanto como decirme que allí le puedo capturar si poseo arrestos para ello. Claro que los poseo. Me temo que se va a cortar los dedos con su propio cuchillo y cuando quiera evitarlo, no podrá hacer uso de él.

—¿Acaso piensa usted meterse en esa ratonera? —preguntó el ranchero.

—Claro está, pero no lo haré como él piensa. Allí hay gato encerrado y voy a meter en la jaula un buen número de tigres que desharán la madriguera. Me parece que Zenker ha jugado su última carta en esta partida.

Decidido a acabar con el cruel secretario, llamó a Nino, diciendo:

—Prepara tus armas que nos vamos.

—¿Dónde?

—De caza. En Wáshington nos han preparado una buena pieza.

—Güeno va, maniato, tú sabes que eso me gusta creo yo, pero ¿quién va a cuidar de ese tigres que también es una buena pieza?

—Kildar. Además dejo aquí a Stella.

—Si tú lo quieres o así, vamos ya, manito.

Texas, llamando a Stella, dijo:

—Me voy, Stella. Estaré ausente un par de días. Espero que en ese tiempo no ocurra nada y que su prima se decida a aceptar mi proposición.

—¿Dónde va usted? —preguntó con inquietud.

—A Wáshington, a resolver un asunto importante. No se alarme por mi ausencia.

No quiso decir más y la muchacha quedó tranquila a medias.

Aquel día no vio a Vera y ésta, al observar que Texas no se presentaba, hizo que Stella fuese a verla.

La muchacha, nerviosa, acudió al llamamiento y Vera, con voz hiriente, preguntó:

—¿Dónde está Texas?

—Se fue a Wáshington. Volverá enseguida.

—¿No te dijo a que fue?

—No, no me lo dijo.

—¡Mientes! Yo sé a lo que ha ido.

—Serás adivina, Vera. Te juro que no lo sé.

—Claro —rugió Vera—; tú tienes que ocultar sus movimientos aunque sepas que van contra mí. Así pagas lo que hemos hecho por ti hasta que ese odioso individuo se cruzó en nuestro camino.

—Vosotros le cruzasteis. Él es bueno.

—¿Bueno? Será para ti porque le miras con ojos de cordero. Tú estás enamorada de él y todo lo que hace te parece bueno.

—¡Vera! —clamó la joven llevándose las manos al pecho.

—¡No, no lo ocultes! —rugió Vera con desesperación—. Le amas. Lo sé desde el primer día y por eso te odio como no te odiaba. Le amas y él te ama a ti. Lo he leído en sus ojos. Ésta es mi rabia y mi desesperación, porque si tú no te hubieses cruzado en mi camino, Texas hubiese sido para mí, porque yo también le amo.

Stella, pálida como una muerta, oía la confesión. Mucho le dolía que su prima hubiese descubierto su secreto, pero ahora le escocía más que ella declarase aquel amor insano, aunque sabía que jamás podía ser su rival.

—Sí —bramaba Vera—; le amo como no amaré jamás a nadie en el mundo y porque sé que no es para mí le odio con toda mi alma. Será mi ruina, lo adivino. No se conformará con hacerme sufrir esta humillación, sino que tratará de arruinarme y si le estorbo, deshacerse de mí. Me lo ha jurado y tú serás su cómplice en este crimen.

Stella asustada, se disculpó:

—No digas eso, Vera, yo no te quiero mal a pesar de todo.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Escucha. Yo no puedo permanecer un momento más aquí. Tengo que poner a salvo cosas muy preciosas, tú no lo comprenderías. Texas me ha conminado a reconocer tu herencia y devolvértela, pues bien, escucha. Ahora mismo te firmo un documento en el que te reconozco propietaria de la mina de oro que tenía tu padre en California y te ofrezco devolverte un millón de dólares, si a cambio me facilitas el modo de huir. Tengo que estar en Wáshington rápidamente; quizá sea tarde cuando llegue, pero lo intentaré. Dime que sí, Stella.

Vera hablaba con desesperación. La angustia de presumir que Texas iba a su villa y que podía descubrir y capturar a su padre, la volvía loca y todo lo hubiese dado por evitarlo.

—Pero yo no puedo hacer eso, Vera. Él se enfurecería cuando lo supiera.

—¿No te dejo firmado lo que él me pidió a cambio de mi libertad? Nada podrá reprocharte, salvo la rapidez en dejarme libre… Además, te ama demasiado para que pueda enojarse contigo.

Stella se quedó tensa. Su nobleza de alma se imponía sobre todo

otro sentimiento. Había amado a Vera tanto, que pesaba en ella más el rescoldo de aquel amor que los peligros y perjuicios que pudiese recibir.

Irguiéndose altivamente, afirmó:

—Bien, voy a cometer una mala acción… No tengo derecho a hacer esto después de cuanto Texas ha hecho por mí, ni vosotros os lo merecéis pero quiero demostraros que soy mejor que todos y que no os guardo rencor.

«Firma ese documento y yo te proporcionaré el medio de salir de aquí. No es tan fácil salir como presumes. El señor Kildar tiene orden de vigilarte, pero yo le burlaré. Escribe lo prometido.

Vera, nerviosamente, redactó un documento en el que como heredera de su padre, se comprometía a devolver a Stella el depósito de la mina de oro de California y un millón de dólares como saldo del resto de su herencia. Stella examinó el documento y guardándoselo, dijo:

—Estate preparada. Esta noche saldrás de aquí.

Stella se dedicó todo el día a estudiar el plan para liberar a su prima y en efecto, aquella noche, furtivamente le abrió la puerta trasera del rancho que no estaba vigilada y señalando la pradera, dijo:

—No puedo proporcionarte caballo, porque se descubriría todo. A media milla tienes el poblado. No sé cuándo pasará un tren de viajeros, pero puedes subir furtivamente a un, mercancías y alejarte de aquí. Después te las ingeniarás como puedas para seguir a Wáshington.

Vera no se despidió de ella. En las sombras, le asaetó con una mirada que era un puñal y cuando se alejaba, murmuró:

—Algún día saldaremos esta rivalidad. Texas no será para mí, pero para ti tampoco.

Y se hundió en las sombras de la noche alejándose pradera adelante.

* * *

Cuando Texas llegó a Wáshington, dejó a Nino en el hotel y se dirigió rápidamente a visitar al secretario de Estado, al que dio cuenta detallada de todo lo sucedido.

—¿Puedo hacer algo por ti, Texas? —preguntó Snock.

—Sí. Necesito una docena de buenos policías que me ayuden a penetrar en la casa. Presiento una emboscada y quiero frustrarla. Además, necesito hacer un registro. Los papeles sobre la herencia de la muchacha me son muy necesarios y presumo que no me los entregarán nunca.

—Bien, te daré una carta para el jefe de policía y él te ayudará. Espera.

Texas, con la carta en el bolsillo, visitó al jefe de policía y éste puso inmediatamente a su disposición doce, hombres de valor probado, con orden de obedecer ciegamente a Texas. Éste recogió a Nino y el grupo se dirigió a la villa. El sargento que mandaba los policías echó un vistazo y al observar que el edificio pegaba por la espalda con la casita el río, preguntó.

—¿Sabe usted si tienen comunicación?

Texas se quedó dudando y una sospecha le acometió. Sabía tanto de la fertilidad de pensamiento de Zenker, que no dudaba en que éste hubiese tomado precauciones para burlarle de aquel modo en caso de peligro.

—No sé —contestó—, pero acaso sea posible. Conviene vigilarla por si acaso.

El sargento dejó dos hombres guardando la puerta de la casita junto al río y siguió a Nino hasta la verja de la villa.

Texas llamó y el gigantesco portero repuesto en parte de los golpes recibidos, salió a abrir.

Al reconocer a Jim, lanzó un bramido y se dispuso a acometerle fieramente, pero los revólveres de dos policías le obligaron a retroceder.

—Calmen un poco los nervios a este mastodonte —indicó el sargento—. Si no se le calman, adminístrenle una medicina adecuada.

Dos policías quedaron al cuidado del portero que bramaba de ira y el resto siguió a Texas y a Nino hasta las habitaciones superiores.

Se verificó un registro en todo la villa sin descubrir nada sospechoso, pero Texas no quedaba convencido. Sospechaba ahora que la villa tenía una comunicación secreta con el edificio contiguo y quería descubrirla.

Antes registró la mesa de despacho de Vera sin descubrir ningún

papel importante y esto acentuó sus sospechas. No era posible que con los negocios en marcha que el financiero poseía, su hija no tuviese a mano la documentación precisa.

Pacientemente se dedicó a registrar la parte que suponía daba a la espalda de la casita y en particular, la estancia de Vera y tras tantear y golpear reciamente las paredes, observó que la del fondo parecía sonar a hueco. Hizo levantar el espejo que llegaba hasta el suelo y emitió un grito de triunfo. El adminículo ocultaba sabiamente las junturas de la puerta de escape.

Volviéndose a Nino, exclamó:

—Hazle una caricia a este artefacto, Nino. Nos estorba para pasar.

—¡Bueno va, manito!, creo yo que no será de bronce o así.

Se distanció un poco y de golpe dejó caer su recia humanidad contra la disimulada puerta. Esta crujió agriamente se fraccionó en pedazos y Nino cayó hacia delante entre las astillas, produciendo un ruido endemoniado al volcar al tiempo el armario que disimulaba la puerta por el lado contrario.

Llenos de asombro pasaron a la otra parte y mientras los policías registraban la casa por si había alguien emboscado en ella, Texas descubrió un pequeño despacho con una mesa y unos cajones atestados de documentos.

Febrilmente los examinó a la ligera y a medida que tomaba legajos, todos muy ordenados, lanzaba silbidos de asombro.

Hizo una selección y fue apartando los que le parecieron de interés. Allí había materia para actuar en gran escala y tenía necesidad de examinarlos atentamente, antes de decidir los que podían serle útiles o no.

Los policías volvieron asegurando que en ninguno, de los dos edificios había nadie. Sin duda Zenker no sospechaba que Texas diese señales de vida con tanta rapidez y aún no había tenido tiempo a tomar sus medidas.

La rabieta que iba a tomar cuando descubriese que se le había adelantado y aún le había despojado de tanto documento interesante, iba a ser terrible, pero esto no haría más que ahondar la profunda sima que les separaba.

El registro terminó y Texas decidió abandonar la villa, pero tomaría precauciones para detener a Zenker si éste aparecía más

tarde en la casita del río.

Habló con el sargento, para que dejase dos hombres en el interior custodiándola. Todo el que intentase penetrar en ella, sería detenido llevándole ante el jefe de policía y ya advertiría a éste para que le avisase en el momento que hiciese alguna detención.

En cuanto a la villa de Spack, ésta pertenecía legalmente a Vera y aún no había llegado el momento de acusar a éste con seriedad de algo concreto. La permitiría volver a ella cuando la pusiese en libertad y la baria objeto de una severa vigilancia, para cortar su contacto con Zenker, si éste no aparecía por allí.

Con los documentos adquiridos, se retiró en unión de los policías, dirigiéndose al cuartelillo. Nada sospechoso descubrió al salir. Sin embargo, desde su llegada, había sido vigilado astutamente por el propio Spack, el cual, escondido en las inmediaciones con ocho hombres armados de revólver, estaba esperando su segura aparición.

Pero sospechando que sucediese lo que había sucedido, no quiso ser sorprendido en el interior. Si Texas era tan osado que aparecía solo, hubiese penetrado en la casa con sus pistoleros para acabar con él, más acompañado de la policía, se consideraba impotente para intentar nada. Wáshington no era el Oeste, donde en plenas poblaciones se podía apelar al revólver impunemente y atacar incluso a la autoridad.

Así, mordiéndose los labios con ira, tuvo que asistir a la requisitoria sin poder intervenir como era su propósito. Lo que no sospechó de momento al ver salir a Texas con los policías por la puerta de la villa, era que habían descubierto la comunicación de ambos edificios. De haberlo sabido con certeza, seguramente se hubiese jugado el todo por el todo antes que consentir que documentación tan comprometedora como la que poseía, cayese en manos de quien sabría hacer un terrible uso de ella.

Así les vio marchar rechinando los dientes con ira y cuando los consideró lejos, decidió volver a la casita, pero su instinto avisado, le advirtió a tiempo de la trampa en que iba a caer. Sobre el piso terroso de la cerca, descubrió huellas que demostraban que también allí se había registrado y prudentemente desistió de entrar.

Pondría un vigilante oculto a la otra orilla del río para que no perdiese de vista la casita hasta cerciorarse de que dentro no

quedaba nadie y entonces…

Pero de momento tenía que buscarse un alojamiento. Estaba desplazado de su propia casa y al ponderarlo, pensó en Zenker. Había censurado duramente a éste sus fracasos y ahora, él era quien había fracasado quizá más rotundamente, pues había perdido su guarida y la comunicación con su hija sin peligro alguno, y esto le situaba en una posición desventajosa.

Desesperado despidió a sus hombres y se retiró lentamente. Ignoraba el paradero de Vera, se había deshecho de momento de Zenker y se encontraba fuera de su cuartel general. Sólo le quedaba como esperanza la posesión de Stella, con la que podía paliar su fracaso, canjeándola con su hija.

Se retiraba vencido y humillado, cuando una idea brotó en su mente. Texas regresaría al lugar donde tenía retenida a su hija y regresaría sólo en compañía de Nino. Si la suerte le acompañaba, podía viajar en el mismo tren y aprovechando cualquier coyuntura, matar a Texas. Nada le importaban después las consecuencias si se deshacía de tan terrible enemigo y se vengaba del momento trágico que le hizo pasar cuando le colgó de un árbol en Tejas.

Con decisión se dirigió a la estación. Vigilaría todos los trenes que salían para el Sur y en alguno tendría que descubrir a su terrible enemigo.

Con paciencia inagotable, pasó las horas viendo salir trenes sin descubrir a Texas. Él no sabía que esto le iba a ser imposible, porque Jim, queriendo evitar cualquier sorpresa, había salido de Wáshington a caballo para tomar el tren hacia Ataflord, varias estaciones más abajo.

Spack, como un indigente cualquiera, abandonaba la estación para adquirir vituallas en los establecimientos próximos y volvía tozudamente al andén, viendo salir y llegar trenes, sin que sus esperanzas se viesen colmadas hasta que al día siguiente, sufrió una de las sorpresas más alegres y asombrosas a la par, que recibiera en su vida.



—No diga nada, Kildar...

A la llegada de un tren procedente del Sur, descubrió que entre los viajeros que se apeaban, llegaba Vera.

Spack estuvo a punto de sufrir un desvanecimiento y olvidando toda prudencia, se acercó a ella exclamando emocionado:

—¡Vera…, hija mía! ¿Tú?

Ella se tomó pálida al verle y tras mirar a todas partes para cerciorarse de que no eran espiados, exclamó:

—¡Padre, por Dios! ¿Cómo usted aquí? ¿Por qué comete estas imprudencias?

—No me reconocerá nadie, hija —exclamó—. Pero de todas formas, tenía que hacerlo. ¡Oh, no sabes! Han registrado la villa con la policía…

Vera rechinó los dientes. Sus esfuerzos habían sido vanos para llegar a tiempo.

—Pero usted, ¿no estaba dentro? —inquirió.

—No, por fortuna. Estaba emboscado fuera y vi todo. No, no me han descubierto.

—Menos mal… temía por usted… y sólo por usted hice… En fin, vamos de aquí; es peligroso.

Spack, tomándola del brazo, exclamó:

—Pero, ¿cómo estás libre, qué ha sucedido? Cuéntame…

—Ya se lo diré. Suélteme y camine por delante. Vamos a un

hotel de los arrabales donde no nos conozcan. Tengo muchas cosas que decirle… ¿Y Zenker?

—¡No está tampoco en Wáshington! Le envié a Austin a recoger a Stella. La necesitaba aquí para…

Vera se llevó las manos al rostro asustada y balbució:

—¿Qué ha hecho usted? Stella ha sido rescatada por la policía… Está con Texas, la he visto, he hablado con ella y ahora… ¡ahora Zenker será detenido!

—¡Maldición! —rugió Spack—. Esto no puede ser. Tenemos que marchar inmediatamente a Tejas. Hay que evitarlo, hacer algo por él, sin Zenker no podré moverme con libertad… Vamos, Vera, pronto. ¡Tenemos que hacer nuevos planes si no queremos que todo se nos hunda encima!

CAPÍTULO XI

¿Zenker cae en la trampa?

CUANDO TEXAS penetró en el rancho, observó que el peón que custodiaba la entrada le saludaba un poco confuso desapareciendo rápidamente en el cobertizo que servía de cocina y le extrañó no ver a nadie más en el patio.

Un poco alarmado, avanzó hacia el porche en el momento que Stella que le había visto llegar a través de la ventana de su estancia, salía corriendo a su encuentro.

La joven se arrojó en sus brazos, medio desfallecida y estallando en un doloroso sollozo, musitó:

—¡Oh, Texas…, perdón! He sido traidora a su confianza. ¡Ahora me doy cuenta y me arrepiento! ¡Desprécieme, tiene derecho a hacerlo!

Texas se envaró al oír aquellas frases enigmáticas y separándola dulcemente de él, exclamó:

—¿Qué le sucede, Stella? ¿Qué puerilidades está usted diciendo?

—¡Oh, no, no estoy loca… es decir, debí estarlo! He cometido una acción indigna de la gratitud que le guardo. ¡He dejado escapar a Vera!

—Pero, Stella, ¿por qué hizo usted eso?

—No sé… me dolió mucho…; bueno, es igual, ¿para qué justificarme? Fue un momento de debilidad… me tocó la cuerda sensible… quise demostrarle que era mejor que ella y la ayudé a escapar, pero… no sin que aceptase las condiciones que usted le impuso. Aquí está el documento firmado en el que me reconoce propietaria de la mina y promete entregar un millón de dólares como saldo de la herencia. Tome… no lo quiero para nada… haga lo que quiera con ello. Para mí, había algo de más valor en el mundo, que era la estimación de usted y la he pisoteado imbécilmente.

Y rompió a llorar con desconsuelo.

Texas, rehaciéndose de la impresión se acercó a ella y pasando su ruda mano por el cabello de la joven, exclamó:

—Bien, no se apene usted así, que la cosa en el fondo no es tan horrible como piensa. Yo lo hubiese hecho igual… aunque más tarde. No tenía intención de retenerla toda la vida, ni de cometer con ella ninguna clase de atropello, aunque se lo merece. Seque esas lágrimas y queda perdonada, a condición de que nunca más vuelva a realizar un acto así… Podría poner en peligro su vida y la nuestra.

—¡Oh, no, no! Le juro que no. No lo volveré a hacer más. Pero, ¿de ver dad que me perdona y no me guarda rencor?

—Ninguno. El mal ha sido leve, Stella.

La muchacha, enajenada, saltó a su cuello y de una manera espontánea, inocente, sencilla, le abrazó estampando en su Loca un fuerte beso. Luego quedó pálida al darse cuenta de lo que había hecho y dejando caer a tierra el papel firmado por Vera, salió corriendo a ocultarse en su cuarto, donde se dejó caer en el lecho llorando entre feliz y avergonzada.

Texas sintió como si el corazón se le abrasase con el fuego de aquel beso y Nino, burlón, le miró al tiempo que sacaba la lengua y se relamía los labios, diciendo:

—Bueno va, manito, creo yo… a mí me ofrecen un bombón de esos y ¡que estalle Jalisco en pedazos, si a estas horas no tienen que estarle recomponiendo los huesos del abrazo o así que le ha dado!

—¡Cállate, Nino! —rugió Texas—. Tú qué sabes de…

—Yo no —interrumpió Nino—, yo no sé nada, pero de eso… ¡maldita sea Sonora! De eso, sabe un sapo indecente más que tú.

La llegada de Kildar cortó el diálogo. El ranchero, turbado, no

sabía cómo justificar lo sucedido, pero Texas se apresuró a calmarle diciendo:

—No diga nada, Kildar, el asunto ya no tenía importancia. Yo le había ofrecido soltarla si firmaba un documento, Lo firmó y Stella le dio suelta.

—¡Malditas mujeres! —Rezongó el ranchero—. Está visto que no puede uno fiarse de ellas.

Luego, preguntó cómo se había dado la excursión a Wáshington y Texas, después de darle cuenta de ella, le enseñó los documentos diciendo:

—Creo que con esto les voy a dar infinidad de disgustos. Zenker a estas horas, debe andar desorientado sin saber dónde esconderse y Vera llegará tarde para evitar la catástrofe.

—¿Cuál es su plan, ahora? —preguntó Kildar.

—Llevarme a la mucha a mis posesiones de California y estudiar estos papeles. La mina creo que está por allí y habrá que rescatarla y dejarla en orden, luego me dedicaré a deshacer toda la organización que aún queda en pie de cuanto tenían planeado ese par de granujas. Espero que Vera se convenza de que se ha quedado sin garras y se limite a gozar de lo que le quede, que no será poco y en cuanto a Zenker, o huye a un rincón ignorado donde nadie sepa de él, o si se acerca a la villa…

En aquel momento, llegó un peón con un telegrama para Texas. Procedía de Austin y lo firmaba el capitán de los «rangers». El telegrama decía:

Detenido al intentar penetrar en cabaña del bosque, individuo que desconozco y cuyo nombre se ha negado a dar. Tipo fuerte, moreno, alto, ojos negros y fríos, manos finas. Téngole preso. Dígame qué hago.

Jack Lowe.»

Texas lanzó un respingo al enterarse del contenido y llamando a

gritos a Nino, ordenó:

—¡Pronto, Nino, prepara el equipaje y los caballos para embarcarlos! Nos vamos a Austin en el primer tren.

—¿Estás loco, manito? —preguntó el mejicano.

—No, Nino. Lee… Han detenido a un tipo que no puede ser más que Zenker y si es él…

—¡Oh! Bueno va, manito… Si es él, creo yo que me dejarás ahorcarle o así… Tú ya lo hiciste con el padre de la chula y ahora me corresponde a mí, creo yo.

—¡Bueno va, manito! —dijo Texas, parodiándole—. Pero no mojes tortas en el aceite antes de plantar los olivos o así… A lo mejor no es él…

—Bueno, pero te apuesto lo que quieras a que lo es…

—Va apostado. Te apuesto el caballo de Atila.

Nino hizo una mueca y salió corriendo. Aquello del caballo lo llevaba grabado en el alma…





EL PIRATA NEGRO

teje las más emocionantes aventuras con la punta de su espada justiciera.

¡VENCER O MORIR!

es su grito de guerra.

CON LA SONRISA EN LOS LABIOS

se enfrenta con la muerte tantas veces como lo exije la noble causa que defiende.



¡NO LO OLVIDE!... Cada quince días aparece un nuevo episodio. Solicite los publicados y hágase reservar con tiempo los que irán apareciendo. Precio del ejemplar: 3 pesetas.



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».

Notas

[1] Nombre familiar aplicado al Presidente de la República. N. del A.